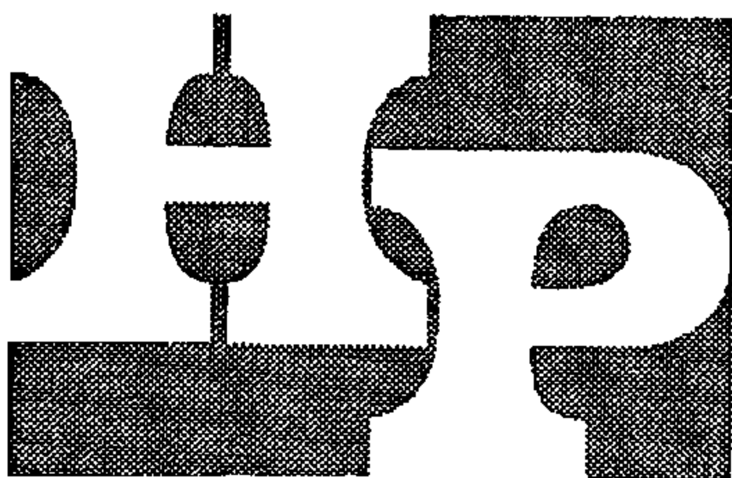



# Silver Kane

# DEGÜELLO





# Héroes de la PRADERA



# Silver Kane

## DEGÜELLO

Colección
HÉROES DE LA PRADERA Nº 347
Publicación semanal
Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA-BOGOTA-BUENOS AIRES-CARACAS-MEXICO

ISBN 84-02-02524-2

Depósito legal: B 27414-1976

Impreso en España - Printed in Spain

2ª edición: Agosto, 1976



Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL, BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva, 2. Baecelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

# CAPÍTULO PRIMERO

Fue el *sheriff* Reagan el que enumeró los objetos, uno a uno.

—La tabaquera, una cartera de piel negra, diez dólares, el documento licenciándolo del ejército, un reloj de plata, eso es todo.

Mientras enumeraba los objetos, los iba sacando de la bolsa, dejándolos sobre la mesa.

Luego, alzó la cabeza y miró a los ojos del hombre que tenía enfrente.

—¿Y ahora qué vas a hacer, Sidney?

Sidney le miró también.

Hubo en sus ojos como un chispazo de confusión, igual que si no hubiese esperado jamás aquella pregunta, que, sin embargo, era tan lógica.

—No lo sé, *sheriff*.

—Sólo tienes diez dólares…

—Es cierto.

El *sheriff* sonrió con desgana, como si no le gustara aquella situación.

—Bien… Quizá yo pueda emplearlo.

—¿Qué quiere decir?

—Has estado partiendo leña durante un mes, en vez de estar dormitando en la celda, como los otros. Has partido leña para todo el invierno, y el reglamento dice que ese trabajo debe pagarse.

Sin pizca de vergüenza, añadió:

—Claro que yo, normalmente, no doy un dólar por eso. Los presos trabajan, y el dinero que debería pagarles, me lo embolso. Pero tu caso es distinto, Sidney. No quiero que te vayas sin blanca de aquí, y voy a pagarte lo que te has ganado: ochenta dólares.

Si la cifra pareció bien o mal al hombre que acababa de recobrar

la libertad, lo cierto fue que no lo demostró en sus ojos.

Éstos eran indiferentes, helados como los de un muerto.

—Como usted quiera, *sheriff* —dijo, al fin.

—Parece que la cosa no te importe demasiado.

—Al contrario. Es un gesto muy generoso de su parte, *sheriff*, se lo agradezco.

Pero sus ojos seguían sin tener ninguna expresión. El representante de la ley pensó:

«Por el bigote de mi suegra, que nunca he visto a un hombre como éste…».

—Bien… No me has dicho qué vas a hacer…

—Buscaré trabajo.

—Ojalá lo encuentres, Sidney.

—Gracias, *sheriff*.

Y el ex presidiario caminó hacia la puerta. Sus anchas espaldas se recortaron un momento a la luz del exterior. Sus cabellos rubios brillaron al sol.

«Tiene cara de niño —pensó el *sheriff*—, y sin embargo…».

Le llamó:

—Sidney…

—Diga, *sheriff*.

—Olvidas lo principal.

—¿Qué?

—Tu revólver.

El joven sonrió desde la puerta, con un gesto de cansancio.

—Es cierto. Tanto tiempo sin llevarlo…

—Tómalo. Y ojo con él, muchacho.

Sidney se lo ciñó lentamente. Parecía haber perdido la costumbre de llevarlo al costado. Incluso, cuando sus dedos rozaron la culata, tuvieron como un estremecimiento.

—Bien… —dijo—. Gracias por recordármelo, *sheriff*. Y ahora… Adiós…

—También olvidas tu dinero. Toma.

—Bien… Gracias otra vez.

—El caballo lo encontrarás en la cuadra de la cárcel. Está bien cuidado, y que no vuelva a verte beber una copa, Sidney.

—Descuide, *sheriff*…

El joven salió.

La calle principal de Abilene brillaba de animación y de alegría. Por un momento, el sol le deslumbró; era el mismo que había recibido en el patio de la cárcel mientras partía leña, pero le parecía distinto. Y es que el sol de la libertad tiene otra luz que el sol de los demás días.

Apretó los labios mientras comenzaba a andar sobre las tablas del porche.

Al principio, sus pasos fueron decididos, firmes, los pasos de un hombre que sabe adónde va y sabe lo que quiere.

De pronto, sus pisadas se hicieron vacilantes.

Acababa de ver un saloon. Y en él un anuncio, que consistía en un hombre alzando un vaso mientras guiñaba un ojo. Debajo, unas letras amarillas decían: «El mejor *whisky* del mundo. ¡Pruébelo antes de que le peguen un tiro!».

Era un anuncio que hubiera convencido a muy poca gente. Sin embargo, hizo dudar a Sidney.

Se pasó la lengua por los labios.

Éstos le parecían espantosamente secos.

Al fin, se encogió de hombros.

—¿Qué más da? —Pareció pensar.

Y entró en el saloon lentamente.

* * *

Fue el propio *sheriff* el que le reanimó. Empezó a darle bofetadas hasta que Sidney abrió, poco a poco, los ojos.

Se notaba completamente mojado.

Sin duda, le habían arrojado más de un cubo de agua para que se reanimase.

Lentamente, la voz del *sheriff* comenzó a llegar hasta él, cada vez con mayor claridad:

—¡Debería encerrarte otra vez, imbécil! ¡Y creo que voy a hacerlo! ¡Te has puesto a beber diez minutos después de haber salido de la cárcel! ¿Y es que ya no recuerdas por qué habías estado allí? ¡Por borracho y por pendenciero! ¡La segunda condena te puede representar un año!

Sidney se pasó la derecha por los ojos, con gesto aturdido.

Diríase, sin embargo, que aquellas amenazas le importaban bien poco.

Era como si viviese en otro mundo.

La voz del dueño del local intervino, conciliadora:

—No ha hecho más que beber, *sheriff*. Sin romper nada. Y lo ha pagado todo, desde la primera copa hasta la última. No veo razón para detenerle…

—¡Soy yo quien lo decide!

—Está bien, *sheriff* no se ponga así…

Sidney se incorporó pesadamente.

La cabeza le daba vueltas.

—Bien… —murmuró—. ¿A qué espera para encerrarme otra vez?

El *sheriff* le dio un empujón.

Normalmente, no hubiese podido derribar a un gigantón como Sidney, que era un atleta, y abultaba el doble que él. Pero ahora Sidney estaba borracho.

Salió despedido, chocó con la puerta, vaciló y, al fin, quedó sentado de cualquier manera en el banco que había en el porche, junto a la entrada.

Su rostro no tenía expresión.

Parecía como si nada le importara.

De pronto, le pusieron algo en la boca. Notó confusamente que era un cigarro.

—Tome, fume.

—¿Por qué?

—Eso despabila a veces.

Era el *sheriff* quien hablaba, después de sentarse junto a él. Su actitud había cambiado.

Diríase que ahora le miraba con lástima.

—Te emborrachaste a conciencia, ¿eh?

Sidney se encogió de hombros.

—¿Por qué?

—Son cosas mías, *sheriff*.

—Y de Larrigan.

Los ojos de Sidney brillaron un momento.

Pareció como si los recorriera un hilito de vida, pero en seguida quedaron como antes.

—No lo mencione, *sheriff*…

—¿Por qué caíste tan bajo, Sidney? Tú eres el mejor buscador de

cobre de todo el país. Y lo sigues siendo. Empezaste buscando oro, pero pronto te convenciste de que en el cobre podía haber igualmente una gran riqueza. La gente te consideraba casi una eminencia en esa especialidad. ¿Por qué todo esto?

Sidney dijo vagamente:

—Cosas que ocurren, *sheriff*.

—¿Qué pasa con el yacimiento que encontrasteis entre Larrigan y tú?

Los ojos de Sidney chispearon un momento.

—¿Quién le habló de eso, *sheriff*?

—Bueno… Se dice por ahí.

—La gente habla por hablar. Es cosa pasada.

—Pero tú empezaste a beber desde entonces, ¿no?

Sidney sonrió torpemente.

—Se equivoca. Yo he sido un borracho toda mi vida.

—A juzgar por los síntomas, me parece que no voy a tener más remedio que creerte. Pero ¿qué pasó con el yacimiento?

—Es de Larrigan.

—¿Lo descubrió él solo?

—Sí.

—¿No formabais sociedad?

—La disolvimos.

—¿Y Stella? ¿Qué pasó con Stella?

Las facciones de Sidney se atirantaron un momento. Pareció como si fuese a estallar.

Con voz ronca, masculló:

—¡Déjeme en paz, *sheriff*!

Se puso en pie y avanzó pesadamente, dejando solo al representante de la ley. Éste se pasó el dorso de la mano por la boca.

Sus ojos se achicaron. Y no eran alegres.

—Lástima de chico —murmuró—. No irá a ninguna parte, excepto a la tumba.

Y el *sheriff* no sabía hasta qué punto tenía razón.

Porque en eso —en morir—, era justamente en lo que estaba pensando Sidney.

# CAPÍTULO II

El hombre que entró en la pequeña oficina llevaba una estrella al pecho.

No iba vestido, sin embargo, como acostumbraban a hacerlo los *sheriffs* durante su trabajo. Porque éste era, realmente, el *sheriff* más extraño que ojos humanos habían visto jamás. Llevaba la estrella sobre un chaleco de seda, e iba vestido con levita y pantalón impecables, como si viniese de una boda.

La suya.

Se quitó la estrella y la depositó sobre la mesa, ante los ojos divertidos de su joven ayudante.

—Toma, Larry. Tú vas a representar la ley aquí durante toda esta noche.

Larry, que debía tener apenas veinte años, rió divertido.

—¿Es que me nombra sucesor suyo, *sheriff*?

—¿No pretenderás que trabaje en mi noche de bodas, verdad?

—No. Eso no.

—Pues entonces, tú te ocuparás de todo. La ley y el orden en la ciudad de Álamo quedan en tus manos, muchacho.

Larry volvió a reír.

—Tiene un aspecto magnífico, *sheriff*. Nunca le había visto así.

—Uno no se casa todos los días.

—Siento no haber podido asistir a su boda. Pero alguien tenía que quedarse aquí, ¿verdad?

—No te preocupes… Mañana, Hart y tú, que estáis de servicio esta noche, tenéis la comida pagada en el restaurante de Nelly. Pedid lo que queráis. Si sois un poco listos, quedaréis mejor servidos que el resto de los invitados.

—Gracias, *sheriff*.

—¿Dónde está Hart?

Larry arrugó el ceño.

—Pues… creo que ha ido a echar un trago.

—Su obligación era estar aquí vigilando los presos.

—Cierto, *sheriff*, pero… Bueno, él también ha dicho que el jefe no se casa todos los días. Y a su manera, ha querido celebrarlo.

El representante de la ley hizo un gesto de contrariedad, pero lo disimuló al instante.

—¿Sabes dónde ha ido?

—Creo que al saloon de Parker.

—Iré a buscarlo.

—No se moleste, *sheriff*… Iré yo.

—No te preocupes, no voy a pegarle una bronca. Esta noche tiene que ser buena para todo el mundo. Pero me iré a casa más tranquilo si lo voy a buscar y lo dejo en su puesto.

—Como quiera, jefe.

El *sheriff* salió.

Anduvo sólo un centenar de yardas hasta llegar al saloon de Parker, a través de dos calles que estaban desiertas. Prácticamente, todo el mundo, después de asistir a la boda —que se había celebrado a la hora del crepúsculo—, estaba invitado al banquete o simplemente haciendo de fisgón en él. En el saloon de Parker apenas había nadie, excepto el propio Hart.

Éste, sorprendido «in fraganti», saludó a su jefe con un gesto confuso.

—Ho… Hola, *sheriff*.

—Hola, Hart. He venido a buscarte.

—No hacía falta que se molestara… Pensaba volver en seguida.

—Estaré más tranquilo si te dejo en tu puesto.

—¿Tranquilo?… ¡Pero si no hay ningún peligro por aquí!

—Uno nunca sabe.

—Está bien. Voy al instante.

—No hace falta que corras tanto. Puedes terminar tranquilamente esa copa.

—Gracias, *sheriff*. Ah… Y felicidades.

—No es para menos. Me llevo a la chica más bonita del Oeste.

Hizo un gesto de saludo, y salió.

Ya en la calle, se dirigió hacia su casa, situada a poca distancia

de allí, pues la verdad era que estaba impaciente por estrechar en sus brazos a la que sólo hacía unos minutos era su esposa.

Pero, de pronto, vaciló.

Había olvidado decirle a Larry que diera una vuelta por la ciudad, a media noche. Era muy conveniente hacer acto de presencia cuando los saloons cerraban y los últimos borrachos empezaban a salir de ellos.

Sólo había tres saloons en Álamo, pero los tres eran ruidosos. Y Larry carecía de experiencia.

Volvió a su oficina, empujó los batientes y entró.

Con expresión distraída, dijo:

—Oye, Larry…

De pronto, se detuvo. Quedó como petrificado.

¿Dónde, infiernos, estaba Larry? ¿Por qué se había ido?

Pero no, no se había ido.

Unos segundos después, lo vio.

Estaba a la derecha de la sala, con los ojos desorbitados y la boca muy abierta.

Su cuerpo colgaba de una cuerda.

* * *

El *sheriff* sintió que una corriente de aire helado le atravesaba la espalda.

Lo primero que pensó fue que aquello era absurdo, que estaba viviendo una pesadilla. ¡Si sólo hacía cinco minutos que había dejado a Larry perfectamente bien! Pero en seguida, la fría certidumbre del horror penetró en él. Larry había sido ahorcado. El cómo y por qué no lo comprendía, pero el cadáver ante sus ojos era la más terrible de las evidencias. Avanzó hacia él.

No llevaba ningún arma, y tuvo que sacar el propio cuchillo del muerto para cortar la cuerda de la que pendía el cadáver, pero antes de que llegase a cortar la cuerda, una voz a su espalda indicó:

—Yo no lo haría, Larrigan.

El *sheriff* se volvió bruscamente.

El hombre que le hablaba de la parte más penumbrosa de la oficina no empuñaba su «Colt», pero podía hacerlo en cualquier momento. Lo tenía muy al alcance de la mano, y todas las ventajas estaban de su parte. Además, bastaba mirarle a la cara para saber

que con aquella clase de tipos no se podía gastar bromas.

El *sheriff* Larrigan parpadeó:

—¿Tú aquí, Bunsen?

—Ya ve…

—Te creía en San Luis, bien lejos.

—Uno viaja…

—¿Has hecho tú esto?

Bunsen escupió de costado, sin dejar de mirar al *sheriff*.

—Sí, lo he hecho yo, pero no me dé demasiado mérito, Larrigan. El chico era inexperto.

Se oyeron rechinar los dientes del *sheriff*.

—Pagarás esto, Bunsen. Juro que lo pagarás.

—Bueno… Eso se dice siempre.

—Yo cumplo mis promesas.

—Más vale que deje la retahíla para otra ocasión, *sheriff*. He venido a hablarle de todo lo contrario.

—¿Sí?

—Ya sabe quién es mi jefe.

—Los perros como tú nunca cambian de dueño hasta que los matan. Tu jefe es Bingam.

—Buena memoria, *sheriff*.

—No tiene mérito. Bingam es de esos tipos que no se olvidan jamás.

Volviéndose bruscamente, dio un tajo a la cuerda y la segó con limpieza. El cuerpo de Larry cayó, produciendo un sonido angustioso y sordo. Larrigan movió, entonces, el cuchillo.

Él era un buen lanzador. Si llegase a tiempo de…

Pero la voz de Bunsen cortó, de repente, su idea:

—No doy un centavo por sus pensamientos, *sheriff*. Más vale que suelte ese cortaplumas, no sea que se pinche.

Una leve mirada de soslayo le bastó para ver que Bunsen había sacado, al fin, el «Colt». Le estaba apuntando.

Larrigan dejó caer el cuchillo a tierra.

—¿Cuál es el mensaje de Bingam? —preguntó entre sus dientes apretados—. ¿A qué has venido aquí?

—Tómeselo con calma, Larrigan.

—¿Qué quieres decir?

—Mi mensaje es largo, y, sin embargo, puede resumirse en una

sola palabra.

—Pues dila.

—Lárguese de la ciudad.

—¿Es eso lo que quiere Bingam?

—Sí. Eso es, justamente, lo que Bingam quiere.

—¿Por qué?

—Veo que me obligará a soltar el mensaje completo. Ya le he dicho que era largo, *sheriff*, pero lo resumiré. Esta ciudad es suya, ¿no?

—Bueno. Sólo soy uno de sus fundadores.

—Y presidente de la Junta de Vecinos. Y *sheriff*.

—Sí.

—Y único accionista importante de las minas más importantes de cobre. Puede decirse que toda la ciudad trabaja en ellas. Que todos, aquí, son simples empleados suyos. Los domina con su dinero, con su influencia y, por si faltara poco, con su revólver.

—¿Qué le importa eso a Bingam?

—Diga, ¿es cierto o no?

—No voy a negarlo. Supongamos que, efectivamente. Álamo es una ciudad mía. ¿Y qué?

—Bingam la quiere.

La frase pareció quedar flotando en el aire quieto de la oficina. Bingam la quiere… Lo deseaba todo. Quería apoderarse de la obra de su vida, y hacerlo, además, así, con un golpe de gatillo. Larrigan sintió que todos sus nervios vibraban, a causa de la indignación.

Pero, por el momento, no tenía más remedio que aguantarse.

El otro contaba con un revólver.

¡Si llegara Hart!

Pero Hart se retrasaba, como siempre. Además, entraría distraído, y no haría más que complicar las cosas.

No, no podía contar con él ni con nadie. Sin embargo, había una cosa evidente, y era que Bunsen no había venido a matarle. Sólo quería decirle algo y, por lo tanto, era mejor escuchar.

—Sigue —masculló.

—El cobre era poco apreciado, hace tiempo —dijo el pistolero—. Usted mismo, Larrigan, sólo buscaba oro y plata con aquel compañero que tenía… ¿Cómo se llamaba?

—Sidney.

—Cierto… Sidney. Un hombre muy hábil, según se decía. Parecía oler el mineral. ¿Qué fue de él?

—Eso no importa ahora.

—¿No tenían formada una sociedad?

—La disolvimos.

—Vaya, es extraño…

—¿Por qué?

—Usted y Sidney siempre iban juntos, Larrigan. Siempre iban juntos… con esa mujer.

—Te prohíbo que hables de Stella diciendo «esa mujer», Bunsen. Ella es mi esposa.

—Sí, ya sé que se ha casado hace cosa de media hora… Felicidades.

—¡Menos bromas, Bunsen! ¡Y di lo que tu cochino jefe quiere, de una vez!

Bunsen rió lentamente.

Su risa sonó lúgubremente, con un tono de burlona ironía.

—Ya se lo he dicho, Larrigan: lárguese de aquí. Tome sus bártulos y, dé la mano a su chica, váyase bien lejos. El cobre no era apreciado hace poco, pero ahora el ejército y los industriales del norte le están haciendo pedidos importantes. El cobre vale casi tanto como el oro, en estos momentos, y Bingam lo sabe. Usted se largará, y antes cumplimentará un pequeño detalle: firmará una concesión completa de todos sus bienes, mediante el cobro de cien mil dólares, de los cuales extenderá recibo. Naturalmente, Bingam habrá olvidado «pagar» esos cien mil dólares. Pero ése es un detalle por el que no vamos a discutir. ¿Verdad que no vamos a discutir por nada, Larrigan?

Su voz había cambiado.

Se había hecho tensa, amenazadora y extrañamente dura.

Larrigan palideció.

Apenas oyó las siguientes palabras de Bunsen.

—¿Qué dice, *sheriff*?

—Digo que… es la canallada más grande que he escuchado en mi vida.

—Ésa no es respuesta. Diga sí o no.

—Digo que no.

Bunsen volvió a reír lentamente.

Se acarició la barbilla, y guardó el revólver otra vez con movimientos pausados.

—Bueno, yo que usted lo pensaría, Larrigan.

—Está pensado.

—Me gustaría saber con qué cuenta, *sheriff*.

—Tengo hombres.

—Tiene empleados, que no es lo mismo. Tiene chupatintas de la oficina y obreros de las minas. Tiene también a Hart, pero Hart no sirve para nada. Y «tenía» a Larry.

Echó su sombrero hacia atrás, con un movimiento displicente, y añadió:

—Ya ve que no cuenta con gran cosa, *sheriff*. Nosotros, en cambio, somos quince hombres bien adiestrados. Toda la banda… Hemos cortado el telégrafo, y no podrá pedir ayuda a nadie. Por tanto, le doy —consultó pensativamente un reloj de oro—… siete horas. Antes de que amanezca un nuevo día, si no ha cambiado de opinión, entraremos aquí a sangre y fuego. Usted morirá, Larrigan, y en cuando a su chica… —rió lentamente otra vez—, puede que Bingam la aproveche de otro modo. Por tanto, piénselo… Tiempo no le falta. Por cierto, mire lo que tiene sobre la mesa.

Larrigan miró.

Vio, entonces, un cohete de señales como los que muchas veces empleaban los ganaderos y los rancheros aislados para pedir auxilio.

—En cualquier momento en que decida acceder, envíe eso por los aires, Larrigan —indicó Bunsen—. Será la señal. Si dentro de siete horas no lo hemos visto… todo habrá terminado para usted.

No dijo una palabra más.

Hizo un saludo, y desapareció.

Larrigan quedó helado, atónito, como si hubiese sufrido una alucinación.

Casi no podía creer en lo que sucedía.

Media hora antes él era sólo un hombre enamorado y feliz. La vida le sonreía y el mundo parecía ser suyo. En cambio, en este momento…

Se llevó una mano a los ojos.

No, todo aquello tenía que ser una pesadilla.

Pero allí estaba el cadáver de Larry para indicarle lo contrario. Y

la bengala de señales.

Con expresión abrumada, se dirigió hacia la puerta.

Cerró cuidadosamente para que nadie pudiese entrar de improviso y ver el cadáver de Larry. Estaba haciéndolo cuando oyó unos pasos a su espalda.

Se volvió bruscamente. Era Hart.

Hart llegaba con expresión apurada, dándose cuenta de que se había retrasado.

—Perdone, *sheriff*. Ya veo que llego tarde.

De pronto, le miró mejor.

—*Sheriff*… ¿qué le ocurre?

—Han matado a Larry.

—¿Qué… que han matado a Larry?

—No hace ni un cuarto de hora. La banda de Bingam está cerca de aquí.

—¿Bingam?

Hart se pasó una mano por los ojos, y todo lo que se le ocurrió decir fue:

—¡Dios mío!

—Quieren que yo entregue mis propiedades, o entrarán a sangre y fuego en la ciudad. Sabes lo que eso significa. Lo de Larry ha sido un simple aviso.

—Es… Es horrible. Yo no podía imaginarlo, *sheriff*. ¿Y qué va a hacer?

—Tengo siete horas para pensarlo. Pero no voy a ceder.

—Me parece muy razonable. En la ciudad hay hombres.

—Yo te diré lo que vas a hacer.

—Sí, *sheriff*.

Hart estaba demasiado nervioso. Le temblaban las manos, pero se le notaba dispuesto a obedecer.

—Ve donde se celebra el banquete de mi boda. Explica lo que ocurre, y pide voluntarios. Sólo con que se presenten treinta, podremos hacer frente a la banda de Bingam.

—De acuerdo, *sheriff*. ¿Dónde le encontraré para decirle el resultado?

—Voy a mí casa. Quiero que mi esposa sepa lo que ocurre.

—Desde luego. Haré en seguida lo que me pide, *sheriff*.

Y Hart fue a alejarse. Larrigan le detuvo con un gesto:

—Oye…

—Diga.

—Si no te hubieses retrasado tanto, quizá Bunsen, el hombre que ha matado a Larry, estaría ahora muerto también.

—Lo siento. Es que a última hora entró un borracho, armando camorra.

—¿Uno de la ciudad?

—No. Un forastero.

—¿Y qué has hecho con él?

—Después de bastante discutir, no tuve más remedio que tumbarlo de un puñetazo. Fue fácil, porque se caía él solo. Ahora está en el suelo del saloon. Tiene al menos, para media hora.

Larrigan hizo un gesto de hastío.

Borrachos… Era justamente lo que necesitaba ahora.

—Ve a buscar voluntarios, Hart. Y no ocultes a nadie lo grave de la situación. Y apenas sepas algo, vienes a verme a mí casa.

—Sí, jefe.

Y Hart se alejó presurosamente.

Larrigan le vio marchar con expresión pensativa, mientras se lo tragaban las sombras de la noche como un mal presagio.

Luego hizo un gesto de decisión y marchó él también, con los puños apretados.

## Capítulo III

Su casa era la mejor de la ciudad. No en vano él era el verdadero dueño de Álamo, como bien había dicho Bunsen.

Estaba recién construida y recién pintada. No le faltaba detalle, e incluso en el jardín posterior había algo que a muchos les hubiera parecido conmovedor: un columpio y un caballo de cartón para cuando naciera su primer hijo.

No había más que una luz encendida, que era la del dormitorio. De toda la casa se desprendía una grata sensación de intimidad. Sólo al verla, uno ya pensaba que, por fuerza, allí tenía que aguardar una mujer hermosa.

Larrigan abrió con su llave.

Toda la casa olía a muebles nuevos, a ropa limpia, el indefinible perfume de la piel de Stella.

Olía a todo lo que Larrigan amaba y a lo que estaba expuesto a perder.

—Stella…

—Te esperaba, Pat.

Pat Larrigan miró a la mujer. Ésta era como una mágica aparición que hubiera surgido de las sombras. Su cuerpo de diosa estaba apenas velado por la seda del camisón de noche. Una aureola de dulzura y al mismo tiempo de pasión parecía envolver su figura maravillosa.

—Pat… ¿No me abrazas, Pat?

Las manos de Larrigan temblaron.

—Deja que te mire.

Ella se apoyó en la pared. Respiraba poco a poco e intensamente. Su hermoso busto subía y bajaba de un modo que llegaba a obsesionar.

Sus ojos entornados se clavaron en Larrigan.

—Estás extraño, Pat. ¿Por qué has tardado tanto? ¿Por qué te mueves ahora como si fueras una estatua?

La voz de Pat Larrigan sonó ronca, chirriante:

—Stella, hemos de hablar.

—¿Es que… sucede algo?

—Me temo que nuestra noche de bodas no sea lo que tú y yo habíamos soñado, muchacha.

—Pat, me asustas. ¿Qué sucede?

Él volvió la cabeza, sin fuerzas para mirar aquella maravillosa escultura de carne, aquella diosa que era suya, y a la que, sin embargo, no podía dedicar un solo minuto.

—Verás, escúchame con atención.

Y sin omitir un detalle, contó todo lo ocurrido unos minutos antes.

Ella le escuchó en silencio.

Cuando terminó estaba mortalmente pálida. Sus labios temblaban espasmódicamente.

Con voz apenas inteligible, logró balbucir:

—¿Qué piensas hacer, Pat?

—Resistir.

—¿Con qué?

—Hart ha ido a buscar voluntarios.

Ella trató de sonreír alentadoramente.

—Los conseguirás, ya verás. Treinta o cuarenta rifles se reúnen en seguida, y Bingam tendrá que desistir de sus proyectos. Mañana mismo, esto nos parecerá un mal sueño.

Se movió hacia él.

Aunque en este momento no ponía la menor picardía en sus gestos, tenía una flexibilidad felina, y todos sus ademanes ejercían esa llamada secreta de mujer que ha nacido para la pasión y el amor.

Pat Larrigan la contempló en silencio.

Jamás hubiera imaginado que las cosas tuvieran que suceder así, que los maravillosos dieciocho años de Stella, en los que tantas veces soñó, tuviese que olvidarlos precisamente cuando ya le pertenecía, justamente en su noche de bodas.

Con voz cansada, repitió:

—Sí… Será como un mal sueño.

—Pat. Tenemos tiempo. Tú me has dicho que Bingam esperará hasta poco antes del amanecer. ¿Acaso vas a olvidar que somos recién casados?

Las manos de Larrigan temblaron un momento.

Todo él vibraba de pasión, de ansias de poseer aquella muñeca maravillosa.

Pero se contuvo. No, ahora no podía ser. Hubiera sido suicida dedicarse al amor, en la noche de la muerte.

—Aunque te parezca que sobra tiempo, no podemos perder un minuto, Stella —dijo con voz espesa—. Si Hart reúne voluntarios, tendré que revisar su armamento y colocarlos en lugares estratégicos. He de prevenirme desde el primer instante, porque no puedo estar seguro de que aquel tipo, Bunsen, dijera la verdad. Esto no es un duelo entre caballeros, y si Bingam huele que las cosas van mal, ordenará el ataque en cualquier momento. Por eso… Por eso hemos de aplazar nuestra noche de bodas, Stella.

Hizo un gesto de desaliento, mientras sus brazos caían sin fuerzas a lo largo del cuerpo.

—Pero cuando esta pesadilla termine, todo será distinto, muchacha.

—Lo comprendo, Pat. Y me pregunto qué puedo hacer por ti.

—Nada.

—Sé manejar un rifle…

—Muy mal irían las cosas si tú misma tuvieras que empuñar un arma. Pero además… —De pronto, pareció reaccionar—. ¿Dices que sabes manejar un rifle? Yo no sabía eso. ¿Quién te enseñó?

—Sidney.

El nombre pareció quedar flotando en el aire unos momentos. Larrigan arqueó una ceja.

—¿Sidney? —musitó.

—Sí —dijo ella—. ¡Y de repente, todo aquello me parece tan lejano! Casi no puedo creer que un día estuviésemos juntos los tres. Y que Sidney nos abandonara de aquel modo tan extraño.

—Pues nos abandonó.

—Nunca he comprendido aquello. ¡Estábamos tan unidos! Y de pronto, te vendió su parte y se marchó sin dar explicaciones. No, jamás lo comprenderé.

—¿Había una razón para que Sidney se quedara siempre con nosotros? —preguntó Larrigan, con cierta aspereza—. Era muy libre de cambiar de vida. ¿O no?

—Cierto, pero fue extraño…

—¿Por qué?

—Yo siempre tuve la sensación —dijo ella lentamente, sin meditar sus palabras—, de que Sidney estaba enamorado de mí.

Las manos de Larrigan temblaron violentamente.

Dio la sensación de que aquellas palabras le habían puesto tan nervioso que iba a perder el dominio de sí mismo. Stella le vio tan alterado que se estremeció. Y supo que había cometido un grave error al hablar a su marido del posible amor de otro hombre, y precisamente en su noche de bodas. Inmediatamente, se arrepintió de haberlo hecho.

Pero Larrigan se había repuesto ya. Con expresión ausente, musitó:

—¿Es indispensable que hablemos ahora de Sidney, querida?

—No… Y te ruego que me perdones.

—No te preocupes. Eso no tiene importancia.

—¿No me das un beso?

Las manos del hombre se crisparon al tocar la carne femenina.

Sintió que le dominaba la pasión.

—Stella…

Sus bocas iban a unirse cuando alguien llamó reciamente a la puerta.

Larrigan fue a abrir, de mala gana. Era Hart.

Su rostro se había vuelto de color gris. Y traía una expresión tan desalentada que Larrigan se dio cuenta en seguida de que las cosas no habían marchado bien.

—¿Qué hay, Hart?

—Pues… verá, jefe.

—¿Cuántos voluntarios?

—Casi me da vergüenza decirlo.

—¿Veinte? Contando por lo bajo, quince.

—Ocho.

Larrigan quedó helado. Sintió como si le hubiesen asestado un golpe ante los ojos.

¡Ocho! Sólo ocho voluntarios en una ciudad que ya tenía

trescientos habitantes, la mayor parte de ellos, hombres.

—No es posible…

—Bueno, quizá cometí una equivocación al decir que había que luchar con Bingam. La gente se asustó.

—¡Pero si hay más de cien invitados a mí boda! ¿Sirven para comer y no sirven para luchar?

Hart se ladeó el sombrero confusamente.

—Verá, jefe… No sé qué decirle. No es culpa mía. Además, usted sabe que casi todos los hombres de aquí son empleados suyos. Gente que quiere vivir en paz.

Y como si acabara de hacer un gran descubrimiento, añadió:

—Pero conmigo somos nueve. Y con usted, diez.

—Los de Bingam son quince. Y todos, gente de primera.

—Bueno, pues… ¿Qué podemos hacer?

Larrigan tomó una decisión rápidamente.

No era hombre que se amilanara. Si había llegado a ser dueño de una ciudad, con ayuda de sus revólveres, no consentiría que ahora se la arrebataran. Roncamente, preguntó:

—¿Dónde están esos ocho?

—Dentro de un momento se reunirán frente a su oficina.

—Bien. Vamos allá.

No quiso mirar a su esposa. Sólo oyó sus entrecortados sollozos, al cerrar la puerta.

Aquel sollozo también lo oyó el hombre que estaba tendido, a oscuras, en el tejado de la casa frontera. Pero a éste le sonó muy bien, como si fuera música.

* * *

Y notó el graznido de un pájaro nocturno en la oscuridad. Al instante, le respondió otro.

El hombre que había estado tendido en el tejado se deslizó sigilosamente y saltó a la calle.

En ésta, entre las sombras, le esperaba alguien. Lo reconoció en seguida.

—Fred…

—Hola, Sharkey.

—Larrigan va a resistir. Acabo de oírlo todo. Pero sólo cuenta con nueve hombres.

—¿Buenos?

—No. Chupatintas y todo eso. Justo lo que Bingam suponía.

—Voy a comunicárselo inmediatamente. Es una buena noticia para él.

—De acuerdo. Yo seguiré en mi puesto.

Mientras Larrigan iba a su oficina, acompañado de Hart, Sharkey, uno de los peores pistoleros de Bingam, volvía a colocarse al acecho.

El *sheriff* no lo sabía, pero la ciudad estaba prácticamente cercada. Los hombres de Bingam ya se encontraban en ella.

Fred llegó con el mensaje, unos minutos más tarde.

Bingam se hallaba con la mayor parte de sus hombres en una cueva cercana, donde habían encendido una fogata, cuyos resplandores no llegaban al exterior. Pese a haber dado golpes audaces y provechosísimos, que lo convirtieron en un hombre rico, Bingam seguía vistiendo y actuando como lo que siempre fue; un bandido de la frontera mejicana. Alto y fuerte, gustaba de llevar largos bigotes y una descuidada barba. Vestía de cualquier manera, y siempre reía con entonación salvaje. La palabra «degüello» le había convertido en una especie de leyenda.

Todo el sudoeste temblaba, al oír su nombre. No era extraño que Hart sólo hubiera logrado ocho voluntarios para luchar contra él.

Escuchó, en silencio, el mensaje de Fred, y luego lanzó una risotada.

—¿De modo que eso? ¿Como quien dice, ocho aburridos oficinistas?

—Ésas son todas sus fuerzas.

—¿Y piensa resistir?

—Por los síntomas, sí… hasta que empecemos a escarmentarle.

Bingam se pasó una mano por la boca.

En sus ojos brillaba una expresión divertida.

—¿Cuántos están en la ciudad?

—Bill y Sharkey.

—Vuelve allí. Di que los quiero en el tejado de la iglesia.

—Sí, jefe.

—Dispararán cuando Bunsen se quite el sombrero. Pero a mansalva, ¿eh? Sin piedad.

—¿Cuándo Bunsen se quite el sombrero?

—Tú dices eso. No te preocupes de más.

—Bien, jefe.

Fred partió.

Volver a la ciudad era sólo un paseo porque las luces se veían brillar a muy poca distancia.

Bingam hizo un gesto a los hombres que se encontraban con él. Uno de ellos era Bunsen.

—Vais a ir a Álamo —decidió.

—Bien.

—Quiero que os hagáis muy visibles. Entrarás en la ciudad al paso y, muy tranquilamente, avanzando hacia ese grupo de ocho mequetrefes. Tú, Bunsen, le dirás a Larrigan que no voy a advertirle más. Y si contesta alguna tontería, no le respondas. Te quitas el sombrero y a salir volando. ¿Entendido?

—Sí, jefe.

—¡Pues largo!

Los cuatro montaron a caballo.

Como figuras fantasmales avanzaron entre las sombras hasta que empezaron a ser recortados por las primeras luces de la ciudad.

Iban al paso.

Sus rostros morenos, tostados por el sol, brillaban de excitación.

Se cruzaron en silencio con Fred, que ya volvía.

La oficina del *sheriff* estaba situada frente a la pequeña iglesia de Álamo. El propio Larrigan la había hecho construir porque quería que en su ciudad no faltase nada. Y los ocho voluntarios (diez contando a Hart y al propio *sheriff*) se habían congregado entre los dos edificios.

Nadie se dio cuenta de que sobre el tejado de la iglesia se habían apostado dos hombres.

Larrigan estaba muy ocupado examinando los rifles y procurando que todos fueran del último modelo, antes de entregarlos a los voluntarios.

Imaginaba que los hombres de Bingam seguían a bastante distancia de allí, y que no ocurriría nada hasta que el famoso bandido empezase a impacientarse, para lo cual haría falta, según creía Larrigan, un par de horas. Le quedaba tiempo justo para instruir a aquellos hombres y colocarlos en los lugares adecuados.

De pronto, oyó aquel rumor de caballos.

Todos los hombres que estaban allí alzaron la cabeza. Larrigan, el primero.

Sintió un escalofrío al ver que aquellos cuatro jinetes avanzaban lentamente, al paso de sus caballos, como si ya fueran los verdaderos amos de la ciudad.

Reconoció al que iba en cabeza. Era Bunsen.

Poco a poco, alzó el rifle, sintiendo que el arma temblaba entre sus manos. Pero no disparó.

Bunsen había hecho detener a sus hombres a unos ocho pasos de distancia.

Esbozó un burlón gesto de saludó, y preguntó:

—¿Ésa es su respuesta, Larrigan?

—Aún no he dado ninguna respuesta.

—Pero prepara hombres…

—Ése es asunto mío.

Bunsen los miró fijamente, uno a uno, con expresión entre burlona y divertida en los ojos.

—¿Ésos son todos?

—Hay suficientes, Bunsen.

—¿Sí? Yo sólo cuento diez.

—Me bastan y sobran para liquidaros. Vosotros sois cuatro.

—No he venido a eso, Larrigan. Y si disparas, lo lamentarás toda tu vida. Toda tu corta vida, quiero decir.

Larrigan apretó los labios.

—¡Pues lárgate de aquí!

—He venido a decirte que Bingam no te avisará más. Y que llevarás a una muerte inútil a todos esos hombres, si insistes en defenderte.

—¡Basta! ¡Largo de aquí! ¡Vete antes de que te mate como a un perro!

—¿Ésa es tu respuesta?

—¡Ésa es mi respuesta! ¡Se la puedes frotar por las narices a tu jefe! ¡Y, ahora… largo!

Bunsen hizo un gesto afirmativo.

Y se quitó el sombrero burlonamente, a modo de saludo, mientras él y sus hombres giraban grupas con rapidez.

Ninguno de los ocho voluntarios esperaba lo que ocurrió entonces.

Todos supusieron que el incidente había terminado. Y bajaron los rifles, con un suspiro de alivio, al ver que, al fin y al cabo, el enemigo no era tan temible como creían.

Bill y Sharkey dispararon entonces desde el tejado de la iglesia.

Su puntería estaba bien tomada. Dos de los voluntarios cayeron instantáneamente, con las cabezas deshechas.

Los bandidos movieron de nuevo las palancas de los rifles e hicieron dos disparos más. Tampoco fallaron esta vez.

Se escucharon otros nuevos alaridos cuando otros dos voluntarios cayeron a tierra, alcanzados mortalmente.

Larrigan estaba atónito.

Tiró maquinalmente contra el tejado, mientras aullaba:

—¡A cubierto!

Hart, él y los cuatro hombres que quedaban vivos, se parapetaron en el porche. Rabiosamente tiraban contra el tejado, pero era evidente que sus enemigos ya no estaban allí.

«Pega y huye». Ése había sido siempre el lema de Bingam. Y sus hombres sabían aplicarlo perfectamente bien.

Mientras tanto, Bunsen y su grupo ya habían huido. No llegaron a estar en peligro ni por un solo momento.

El silencio se había hecho de repente. Parecía llenar la ciudad entera.

Pat Larrigan miró, aturdido, en torno suyo.

Aún no habían empezado las hostilidades, y ya acababa de recibir un golpe mortal. Los hombres de Bingam estaban infiltrados en la población, eso era lo más terrible. Y él no sólo había perdido a cuatro voluntarios, sino que los otros cuatro estaban ya totalmente desmoralizados. Bastaba mirarlos para darse cuenta de que no seguirían luchando. De que ya no eran hombres, sino fantoches.

El *sheriff* se pasó una mano por la boca.

Le pareció como si la voz de uno de los hombres llegaba desde una distancia infinita:

—Esto no era lo convenido, Larrigan.

—¿Qué quieres decir?

—Íbamos a defender la ciudad, pero ya tenemos el enemigo dentro. Mire a esos cuatro hombres, ni siquiera se han dado cuenta de que morían. ¿Quiere que a nosotros nos ocurra igual?

—Aún quedamos seis. Y somos capaces de…

—Sólo quedan cinco, *sheriff*. Yo me largo.
—Y yo.
—Y yo.
El último ni siquiera dijo una palabra. Todos se alejaron bruscamente, soltando su rifle y cuidando de no mostrarse a la luz, por si los pistoleros de Bingam aún apuntaban.
Larrigan se encontró, de repente, solo. Es decir, sólo con Hart.
Por sus facciones resbalaban gruesas gotas de sudor.
—Hart —masculló—. Nadie… nadie va a defender esto.
Hart se pasó una mano por la boca. Si alguna vez estuvo borracho de verdad, ahora el alcohol no era para él más que un borroso recuerdo. Habría dado la vida por un trago. Necesitaba algo fuerte para evitar el temblor espasmódico que se había apoderado de sus rodillas.
—Quizá haya que pedir auxilio, jefe —fue todo lo que se le ocurrió decir.
—¿Cómo? El telégrafo está cortado.
—Pero un hombre a caballo, tal vez…
—Un hombre a caballo necesita trece horas para ir a la población más cercana y volver con refuerzos. En ese tiempo, Álamo ya habrá sido arrasado. No, no es posible. Lo que sea hay que resolverlo ahora… y aquí.
A Hart le castañeteaban los dientes.
No podía desertar, porque llevaba una estrella, pero estaba buscando desesperadamente un pretexto digno para escapar a aquella maldita encerrona.
Larrigan repitió:
—Lo que sea hay que resolverlo ahora… y aquí.
—De eso se trata —dijo una voz a su derecha.
El *sheriff* giró rápidamente.
Y quedó como petrificado al ver aquellos dos hombres que ya le apuntaban con sus revólveres.
Eran dos tipos a los que no conocía. Pero bastaba ver su catadura para saber que se trataba de los pistoleros de Bingam.
Uno de ellos rió burlonamente.
—Me llamo Sharkey —dijo—. Y éste es mi compañero Bill. ¿Qué le ha parecido nuestra puntería, con los tentetiesos que buscó para defenderse?

Los dientes de Larrigan rechinaron.

—De modo que vosotros… ¡malditos hijos de zorra!

—Calma, amigo. Lo que hemos hecho una vez, podemos repetirlo ahora.

—Intentadlo. A mí no me cogeréis desprevenido.

Sharkey balanceó el revólver.

—Desgraciadamente, no puedo matarlo, Larrigan. No puedo matarle, no puedo matarle… aún. Bingam le necesita vivo para firmar la escritura de cesión de todo esto. Pero puedo «marcarle» para que empiece a razonar. Sí, eso es… «marcarle». Me parece una excelente idea.

Larrigan estaba muy pálido.

Y en cuanto a Hart, ya no trataba de disimular su terror. Retrocedía poco a poco, procurando salirse del campo de tiro. Porque ya no le cabía la menor duda de lo que iba a suceder.

A Larrigan tampoco.

Por la dirección de los ojos de Sharkey adivinó lo que éste pensaba. Iba a «estropearle» el brazo izquierdo. Lo dejaría inútil de un solo balazo.

Pero no se arredró.

—Si guardarais esos revólveres, podríamos ver quién es más rápido —dijo secamente.

—Pues claro —Sharkey sonrió—. ¿Es que aún no has tenido buenas pruebas de nuestra puntería?

—A mí no me parece tan buena —dijo, de repente, una voz a su espalda.

Los dos forajidos quedaron helados. Violentamente, giraron al mismo tiempo.

Apenas veían la silueta del tipo que ahora estaba frente a ellos, a unos doce pasos. Pero, de todos modos, sí que le distinguían con la suficiente claridad para poder dispararle.

La voz metálica que venía de las sombras, añadió:

—Llevabais apuntando durante cinco minutos a unos hombres quietos, y, además, con rifle. Eso no tiene ningún mérito.

Sharkey masculló:

—¿Quién infiernos eres?

—Eso no importa ahora.

—Sólo lo preguntaba por curiosidad. Me gusta saber a quién

mato.

—Pues esta vez tendrás que averiguarlo luego… si te quedan ojos.

Sharkey y Bill lanzaron un rugido al mismo tiempo, tirando de sus revólveres.

No los habían remetido del todo aún en sus fundas, de modo que les bastaron décimas de segundo para tenerlos en posición de tiro.

Pero ni esto bastó.

El desconocido demostró ser más rápido aún. Dio pruebas de ser un verdadero diablo. Cuando los dos forajidos aún se movían, dos llamaradas brotaron de su costado derecho.

Ni Sharkey ni Bill podían creerlo.

Se fueron al Más Allá con la duda de si su enemigo tenía ya el revólver en la mano cuando les habló. Pero no, no lo tenía.

Sencillamente, acababa de «sacar» con una rapidez que ni Sharkey ni Bill habían visto jamás.

Los dos giraron sobre sí mismos, lanzando un mismo gruñido, y se desplomaron pesadamente.

Larrigan no podía creer lo que sus ojos veían.

Le pareció que los forajidos no podían estar muertos de verdad, que aquello era un sueño.

Con voz vacilante, susurró:

—¿Quién eres? ¿Por qué me has ayudado de ese modo?

El desconocido no contestó.

Seguía siendo una sombra más, entre las cien sombras que poblaban la penumbra.

Hasta que, de pronto, avanzó unos pasos. Sonaron sus espuelas cantarinamente.

Y Pat Larrigan sintió que se le cortaba la respiración, mientras balbucía, sin fuerzas:

—¡Sidney!

# CAPÍTULO IV

La sombra no contestó.

Guardó, poco a poco, el revólver que parecía quemar en su mano derecha.

Larrigan preguntó con voz ronca:

—¿Sidney? ¿Qué haces aquí, Sidney?

—No sabía que estuvieras en esta ciudad.

Ahora, los dos hombres estaban separados sólo por unos cinco pasos. Se veían claramente. Larrigan notó que los ojos de su ex compañero estaban algo nublados, como si hubiera bebido recientemente. Pero eso, por lo visto, no le impedía tener rapidez y puntería.

Impulsivamente, barbotó:

—¿No has visto el nombre de la ciudad? ¡Se llama Álamo!

—No me he fijado en nada. Sólo he visto un saloon donde había *whisky*.

—Pero… ¿de dónde vienes?

—Estuve preso en Abilene mucho tiempo. Y he estado a punto de que me apresaran aquí, también.

Larrigan recordó, de pronto, las palabras de Hart. Éste había tardado, porque un forastero, borracho, armaba camorra en el saloon. ¿Podía tratarse de Sidney? ¿Era posible que…?

De pronto, Sidney se sentó en el banco que había en el porche.

Parecía muy cansado, como si una extraña debilidad le devorase por dentro.

—De modo que esta ciudad se llama Álamo… —susurró—. Ahora recuerdo… Era un nombre que te gustaba. Dijiste que llamarías Álamo al primer yacimiento importante que descubriéramos. Y, por lo visto, has fundado una ciudad entera…

¿Qué eres aquí? ¿El dueño?

—Más o menos, sí.

—Llevas estrella de *sheriff*…

—Me interesa guardar el orden a mí manera. Conviene que todos los poderes estén en una sola mano.

—¿La tuya?

—Sí.

Sidney se pasó una mano por los ojos. Y preguntó, sin interés, como si la cosa no fuera con él:

—No me digas que ya estuve una vez aquí, cuando esta ciudad no existía. No me digas que éste es el yacimiento que yo descubrí.

—Lo descubrí yo.

Sidney hizo un gesto de hastío, como si espantara una mosca.

—Bueno, no vamos a discutir de eso… Tú sabes bien quién era el que examinaba los terrenos… Siempre yo, porque era el único que entendía un poco de formaciones geológicas y de minerales. Tú llevabas la parte administrativa de la sociedad, y el acuerdo era que ambos iríamos al cincuenta por ciento… Todo por mitad, como buenos hermanos, como había sido siempre…

Hizo otro gesto de hastío, mientras cerraba un momento los ojos, y añadió:

—Pero no voy a discutir nada. Ni siquiera voy a acordarme de la primera borrachera de mi vida, en la que tú me hiciste caer. ¿Fue entonces cuando firmé aquel documento, disolviendo la sociedad y renunciando a todos mis derechos, Larrigan? Te juro que he pensado mucho en eso, pero estaba tan borracho que no lo recuerdo. Y todo lo hice con la mayor confianza. Creí que era una autorización rutinaria como las que te firmaba de vez en cuando. Claro… ¿quién no iba a confiar en el que era una especie de hermano para él? Pero luego vino lo peor… Luego me ataste y me amordazaste, y me entregaste a aquellos cuatreros. Yo seguía tan borracho, que no podía ni defenderme. ¿Qué órdenes tenían, Larrigan? ¿Hacerme desaparecer?

Pat Larrigan masculló:

—¡Calla!

—¿Por qué? ¿Eres de esos hombres a quienes molestan los recuerdos?

—¡Es ahora cuando estás borracho! ¡Es ahora cuando no sabes lo

que dices!

—Cierto, desde aquella vez. Me he emborrachado continuamente, Larrigan… Es posible que ahora esté como tantas veces, pero, no obstante, recuerdo las cosas… Sin embargo, no temas, hermanito. No he venido a reclamarte nada.

Con voz impersonal, como si hablase de alguien que ya no existía, preguntó:

—¿Y Stella?

Larrigan apretó los labios.

—Se casó conmigo.

Los párpados de Sidney sufrieron una sacudida, pero ésa fue toda su reacción. Luego, sus labios sonrieron triste, casi imperceptiblemente.

—¿Hace mucho? —balbució.

—Nos hemos casado esta noche.

—De modo que aún no habéis podido estar juntos…

—No.

—Ésos, por lo visto —y señaló a los dos cadáveres—, tenían interés en que no ocurriera nada entre vosotros…

—Eran hombres de Bingam.

Sidney lanzó un silbido de admiración.

—Diablo… ¡hombres de Bingam! Si llego a saberlo, no me meto con ellos. ¿Y qué querían?

—Bingam quiere, ni más ni menos, que le venda esta ciudad y los yacimientos que la circundan.

—Vaya… Es ambicioso el pobrecito. ¿Y por qué no prueba a emborracharte y hacerte firmar el documento?

Las facciones de Larrigan se volvieron de un violento color ceniza.

—¡Calla de una vez! ¡Y no olvides que aquí soy el *sheriff*! ¡Puedo hacerte detener cuando quiera!

En ese momento, una voz susurró, desde las sombras:

—¿Qué ocurre, Pat?

Pat Larrigan quedó como paralizado.

En el porche había aparecido Stella. Era exactamente eso: como una aparición. Sus facciones parecían arrojar como una viva luz sobre aquel escenario de tinieblas, tan hermosa les pareció a los dos hombres. Y Stella, al verlos, se detuvo también, conteniendo la

respiración.

Se había puesto un vestido gris, muy ceñido, y sus opulentas formas destacaban poderosamente. Sidney se le quedó mirando como si no diera crédito a sus ojos.

Stella también le miraba con asombro. No sabía adónde dirigir sus ojos, si a los dos muertos o al hombre que había significado tanto en su vida, y al que creía tan lejos de allí.

El silencio y la tensión se hicieron insoportables entre los tres. Fue Larrigan el que lo rompió, preguntando:

—¿Qué has venido a hacer aquí, Stella?

—He oído unos disparos y he pensado que…

—Pues ya ves que no ocurre nada. ¡Vuelve a casa!

—¿Qué hace… Sidney aquí?

—Sidney está borracho. No sabía siquiera qué población era ésta.

Stella parpadeó.

—¿Sidney, borracho?

El joven hizo un gesto de aprobación.

—Me temo que tu flamante marido ha dicho la verdad, hermana. Estoy como una cuba.

—Tú… no bebías nunca.

—En eso, como en todo, no hay más que empezar. Luego, uno se acostumbra.

Larrigan masculló:

—¡Te digo que te marches, Stella!

—Pero… ¿no vas a invitar a Sidney a casa?

—¿Olvidas que es nuestra noche de bodas?

—No lo olvido, pero… Esto no es lo que dos recién casados imaginan, Pat. Y creo que, dadas las circunstancias, bien podríamos ofrecer hospedaje a Sidney.

—Sidney se va en seguida. ¿No es verdad, muchacho?

El joven hizo un torpe gesto afirmativo con la cabeza. Stella le miraba con asombro, porque jamás le había visto con aquella expresión aturdida.

Sidney le parecía, de repente, un completo desconocido, alguien a quien no hubiese visto jamás.

No podía imaginarle así. Convertido poco menos que en un borracho.

—Me voy —farfulló—. Pero oye, Sidney, si necesitas algo…

—No necesito nada, Stella.

—Bien, pues… Adiós.

La muchacha fue a dar media vuelta, pero sus pies parecían tenazmente clavados en aquella tabla del porche.

—Sidney. Quizá debiera explicarte muchas cosas.

—¿Qué importancia tienen ahora?

—Según como se mire, pueden tener mucha. No quisiera que tú creyeras que… Pero, en fin, Pat te explicará…

—Sí… Larrigan me lo explicará todo.

La muchacha repitió con un soplo de voz:

—Adiós.

Y desapareció lentamente.

Cuando las sombras se la hubieron tragado por completo, Larrigan miró a su antiguo socio.

—Bien, ya has oído. ¡Lárgate!

—Con mucho gusto, pero…

—¿Pero qué?

—Dudo que Bingam me deje salir.

—¿Cómo has entrado?

—Sin ver a nadie. Pero supongo que entonces Bingam aún no había rodeado la ciudad.

Larrigan se mordió los labios rabiosamente.

—Es cierto, no te dejarán salir.

—Bueno, pues tú dirás lo que hago. No quisiera causarte molestias en tu noche de bodas, muchacho.

—¿Podrías dormir en mi oficina?

—¿Por qué no?

—Pues entra.

Sidney miró pensativamente el rótulo. Las letras blancas decían Marshal’s
Office. Sí, aquél era un sitio tan bueno como cualquier otro.

Fue a entrar, y no tuvo inconveniente en dar la espalda a Larrigan.

Y entonces, éste sacó su revólver velozmente.

* * *

Hart, que lo veía todo, masculló:

—¡Jefe!

Creyó, por un momento, que iba a disparar. Pero no lo hizo.

Sus dedos hicieron girar velozmente el revólver, asiéndolo por el cañón. La culata se abatió dos veces sobre la nuca de Sidney.

Éste no esperaba los impactos que, además, fueron duros y certeros. Sus rodillas se doblaron, y cayó pesadamente sobre el porche, produciendo un ruido sordo.

Hart se llevó una mano a la frente.

—Pero ¿qué diablos ha hecho, jefe?

—Este hombre ha venido aquí a originarme problemas.

—Pero ¿no era su socio?

—Aquello ya pasó. Ahora necesito disponer de todas mis energías, y no perder el tiempo con borrachos. Vamos a llevarlo a una celda.

—Bien, como usted mande.

Hart no estaba muy convencido. Le parecía evidente que aquel tipo había salvado la vida a Larrigan, o poco menos. Y ahora se lo pagaban metiéndole entre rejas.

Pero él no podía juzgar aquella historia, porque no conocía su principio, de modo que obedeció. Además, no le quedaba otro remedio.

Sidney pesaba, pues era un atleta. Tuvieron que sujetarle, uno por los pies y otro por debajo de los brazos, para llevarle a las celdas, que estaban en la parte posterior de la oficina del *sheriff*, y disponían de entrada independiente.

Sólo una luz de petróleo alumbraba aquello. Apenas entraron, se escuchó una voz burlona:

—¿Qué es ese paquete que trae, *sheriff*?

—¿No será una mujer para nosotros, eh?

Larrigan ahogó una interjección.

—¿Tiene pinta de mujer?

—No, desde luego que no.

Se oyó el chirrido de una llave en una cerradura. Una de las celdas fue abierta, y el cuerpo inanimado de Sidney, arrojado a su interior como un fardo.

Luego, Larrigan volvió a cerrar y miró a las rejas que había en el lado opuesto.

Allí se encontraban dos celdas más.

En cada una de ellas había un hombre; ellos eran los que habían hablado antes. Ahora le miraban burlonamente, mientras se acariciaban sus mal cuidadas barbas.

—¿Qué es eso, *sheriff*?

—No os importa.

—Pero hay jaleo, ¿eh?

—Tampoco os importa.

Uno de los dos hombres lanzó una carcajada ronca.

—No sé por qué me parece que le han dado una buena nochecita de bodas, Larrigan. Hemos oído disparos. Vamos, ¿por qué no es sincero con nosotros? Somos sus únicos huéspedes en la ciudad, ¿no?

—Sois dos asesinos.

—¿Y eso qué tiene que ver? ¿Usted nunca ha asesinado a nadie?

—¡Iros al infierno!

—Quizá usted nos haga compañía, Larrigan —dijo uno de ellos ásperamente.

El otro lanzó un gruñido.

—Si piensa matarse y quiere que le ayudemos…

Larrigan iba a salir cuando se volvió, de pronto.

En sus pupilas quedaron impresas las imágenes de aquellos dos hombres, como si ahora los viese por primera vez. Oscar y Chaves habían sido la cacería más importante en toda su vida de *sheriff*. Dos asesinos despiadados, dos maestros del cuchillo, que cierto día se dejaron caer por Álamo, creyendo que aquello era tierra conquistada. Pero Larrigan les preparó una encerrona, y pudo capturarlos. Ahora estaban allí, en espera de ser juzgados.

¿Juzgados…?

¿Y por qué no los empleaba para otra cosa?

Larrigan acababa de tener una idea tal vez salvadora, una idea que le hizo estremecer.

—¿Qué daríais por vuestras vidas, granujas?

—La vida no tiene precio, *sheriff*. Es lo único que no se puede recuperar.

—Se me acaba de ocurrir algo que quizá os guste.

—¿Qué?

—Daros una oportunidad. Pero no una oportunidad gratis, sino difícil. Si queréis la vida y la libertad, tendréis que luchar por ellas.

—¿Luchar? ¿En qué sentido?

—La banda de Bingam está aquí. Sus hombres rodean la ciudad, e incluso algunos han entrado en ella.

Y explicó, con detalle, lo ocurrido hasta entonces, omitiendo el papel que Sidney jugaba en todo aquello.

Los dos forajidos le escuchaban con extrema atención. En sus rostros no se movía ni un músculo.

Al fin, fue Oscar el que masculló:

—Usted sabe que Bingam es nuestro enemigo. Durante años hemos «trabajado» en los mismos lugares, comiéndonos el terreno unos a otros. Si nos encuentra aquí encerrados, nos matará.

—Por eso os he contado la verdad: para que luchéis por vuestras vidas.

—Quiere que le saquemos las castañas del fuego, ¿eh?

—Quiero la cabeza de Bingam.

—¿Sólo la suya?

—Si muere el jefe, la banda se desintegrará, y el peligro habrá cesado. Vosotros sabéis cómo llegar hasta él y cómo eliminarlo.

Chaves apretó los barrotes.

—Eso es cierto: sólo nosotros podríamos acabar con él. Pero vamos a ponerle una condición, *sheriff*.

—No estáis en situación de…

—¡Cállese! La condición que le imponemos es muy lógica. Va a firmarnos una orden de libertad en regla, diciendo que nos detuvo por error, y que no ha encontrado pruebas contra nosotros. Eso nos permitirá salir del Estado sin contratiempos.

Larrigan afirmó lentamente.

Se hubiera aliado con el mismo diablo para salir de aquella situación, y ahora no tenía un diablo, sino dos. Sólo Oscar y Chaves podían sacarle de aquello.

—Acepto —dijo.

—Muy bien. Pues abra.

—Os juro que si intentáis algo…

—¿Qué vamos a intentar? Usted y Hart llevan revólveres, y nosotros nada. Además, nos interesa matar a Bingam, no a usted. Él es ahora el verdadero peligro.

Larrigan asintió.

Hizo girar la llave en las cerraduras, y los dos hombres salieron,

ante la mirada atónita y temerosa de Hart, a quien le daban más asco aquellos dos tipos que el propio Bingam.

Balbució con un soplo de voz:

—Oiga, jefe, yo…

—Calla. Y vamos todos a mí oficina.

Una vez en ella, Larrigan extendió, en papel sellado, una orden de libertad, tal como la habían pedido Oscar y Chaves. Éstos le miraban con expresión inescrutable.

Oscar la guardó.

—Bien. Y ahora denos armas.

—¿Cuáles preferís?

—Un cuchillo y un revólver.

Larrigan les entregó lo que pedían. Los dos hombres palparon las armas con cariño, como si ellas formaran parte de su propio cuerpo.

No dijeron una palabra más. Salieron poco a poco de la oficina, enfrentándose a las tinieblas de la noche.

No se veía a nadie en la ciudad. Ninguna ventana estaba iluminada. Todo aparecía oscuro como un cementerio.

Sólo distinguieron luz en una casa. Una sola ventana estaba iluminada, y tras ella se distinguía el rostro de una preciosa muchacha, que miraba al exterior.

Los dos granujas ignoraban que se trataba de la reciente esposa del *sheriff*, pero les pareció lo bastante bonita para intentar una locura.

Llevaban meses sin ver a una mujer. Sólo el rostro de aquélla ya les encendió la sangre en las venas.

—Oye —masculló Chaves—, seguro que está sola. ¿Por qué no…?

Y Oscar susurró:

—Claro que sí, muchacho. Luego…

# CAPÍTULO V

Para ellos no resultó difícil saber dónde estaba el grueso de los hombres de Bingam y, probablemente, éste último.

Eran hábiles rastreadores. Durante toda su vida no habían hecho más que actuar como alimañas en la noche.

El rastro de los caballos y unos cuantos arbustos rotos les condujeron a las cercanías de unas cuevas que había en las inmediaciones de la ciudad. Supusieron que aquél era el lugar ideal para que Bingam se ocultase.

Comprendieron que no se habían equivocado, al ver la silueta de un hombre que montaba guardia.

Chaves sonrió ásperamente.

Sólo con aquello parecía volver a los mejores tiempos de su vida. A la época en que mataba por un puñado de monedas o simplemente para mantenerse en forma.

Hizo una seña a su compañero sólo para que éste se mantuviera a la expectativa.

Luego saltó.

Lo hizo con la agilidad y el silencio de un gato salvaje. El centinela no se enteró de nada.

El cuchillo se hundió en su garganta como el aguijón de un reptil. Al instante, brotó la sangre.

Chaves rió en silencio, mientras notaba las convulsiones del enemigo, aprisionado entre sus potentes brazos.

Luego lo soltó. El camino quedaba libre.

—Vamos.

Distinguían las cuevas a unas veinte yardas, gracias a la claridad de la naciente luna. Supusieron que sería fácil llegar hasta allí y sorprender a Bingam.

Pero pronto los hechos se encargaron de desengañarles. Una bala se llevó parte de la cabellera de Oscar, sin atravesarle el cráneo por verdadero milagro.

Los dos hombres se arrojaron al suelo. Ahogaron una feroz maldición.

El que tiraba estaba a unas diez yardas solamente, parapetado tras una roca y por encima de sus cabezas. Por si eso fuera poco, disponía de un potente «Sharp».

Pronto se le unió alguien más, y éste, mucho más terrible.

El segundo tirador disponía de otro rifle, pero con cañón recortado, y el cual había cargado con postas. Su disparo envió, sobre el terreno, una verdadera rociada de metralla.

Chaves sintió como si le hubieran abrasado la pierna. Lanzó un angustioso alarido.

Desesperadamente, intentó arrastrarse, dándose cuenta de que le habían deshecho hasta el hueso. El dolor le hizo olvidarse incluso de que tenía un revólver.

Su compañero trató de cubrirle. Disparó como un loco.

Pero ni siquiera veía a sus enemigos. Una segunda rociada de metralla le obligó a saltar hacia atrás.

Bruscamente, se olvidó de Chaves y se olvidó de todo. El horror llegó a dominarle por completo. Trató de huir, mientras oía la voz angustiosa del herido:

—¡Oscar! ¡No me dejes aquí, maldita sea! ¡No me dejes…!

Oscar corrió como un loco.

Las primeras casas de la ciudad le parecían cercanas. Si lograba llegar a ellas se escondería y ya no lograrían atraparle.

El grito de Chaves se hizo angustioso.

Y oyó algo más. Oyó la inconfundible voz de Bingam pronunciando una sola palabra:

—Degüello.

Se escuchó a continuación un gorgoteo. Oscar, loco de terror, imaginó lo que estaba sucediendo.

La garganta de Chaves había sido abierta. Ahora se estaría desangrando, ante la mirada complacida de Bingam.

Aquél había sido, desde siempre, el modo de actuar del forajido. Un hombre degollado le extasiaba. Y Oscar imaginó que el próximo iba a ser él.

Llegó hasta la primera casa. Le faltaba la respiración. Trató de saltar hacia una de las ventanas.

Pero allí ya le esperaba alguien. En el tejado, apuntándole, estaba un hombre.

La bala falló por centésimas de pulgada. Oscar se revolvió como una fiera, sintiendo el frío de la muerte.

Pero era de los que venden cara la piel. Con la velocidad de un reptil, movió el revólver y tiró hacia arriba.

Se oyó un alarido.

El hombre que estaba en el tejado soltó su arma, se llevó las manos al pecho y cayó pesadamente a tierra, con el corazón atravesado.

Oscar resollaba. Trató de ganar el tejado él. Desde allí podría deslizarse sin ser visto.

Pero cuando trepaba por las tablas, alguien se abrazó bruscamente a sus piernas.

Uno de los hombres de Bingam le había seguido. Tiró de él y le hizo caer.

Oscar lanzó una maldición.

Había perdido el revólver al caer. Sólo le quedaba el cuchillo, pero no tuvo tiempo de sacarlo.

Su enemigo era más fuerte que él, y le había derribado bien. Le puso una bota sobre la mano derecha y la otra sobre el cuello.

Oscar intentó revolverse y, valiéndose de su mano izquierda, tumbar a aquel enemigo que lo ahogaba.

Pero ya estaban llegando más hombres de la banda de Bingam. De repente, Oscar se vio rodeado.

Con horror, se dio cuenta de que el propio jefe estaba allí.

El forajido se acariciaba la barba. Miró al caído con una especie de feroz complacencia.

—De modo que es Oscar… —murmuró—. No sabía que anduviera tan cerca de aquí…

Oscar farfulló con voz entrecortada:

—No me hagas lo mismo que a Chaves… Te diré dónde está el *sheriff* Larrigan… ¡Te ayudaré!

—¿De verdad habías venido a ayudarme, muchacho?

—Pues… pues nosotros…

—¿Para ayudarme matasteis a Hopkins?

—Verás… Teníamos un acuerdo con Larrigan… ¡Pero cometimos un error! ¡Estoy dispuesto a ayudarte! ¡Yo conozco la ciudad mejor que tú, Bingam! ¡Te conviene contar conmigo!

Éste dijo distraídamente:

—Sí, claro…

Y de pronto, apretó los puños. Con ojos que se le salían de las órbitas, gritó:

—¡Degüello!

Oscar lanzó un alarido de horror. Debió oírse en toda la ciudad… y, efectivamente, Larrigan lo oyó. Pero en aquel momento no supo quién gritaba.

Un cuchillo se posó sobre la garganta de Oscar.

Éste lanzó un nuevo alarido que, de pronto, se transformó en un espantoso gorgoteo.

Bingam miró con complacencia hasta que todo hubo terminado. Entonces, se pasó el dorso de una mano por la boca, que se le había quedado seca.

—¿Dónde está el otro cadáver?

—Lo hemos dejado en el sitio, jefe.

—Traedlo. Y dos caballos.

La orden fue inmediatamente cumplida. Los cuerpos de Oscar y de Chaves fueron atados a los lomos de dos corceles. Luego, éstos recibieron un golpe en las ancas y trotaron hacia la ciudad.

Larrigan, que estaba en el porche de su oficina, oyó el rumor de los cascos.

—Alguien viene, Hart.

—Son dos.

—Podrían ser Oscar y Chaves. E incluso se han apoderado de caballos de Bingam.

—Ahí llegan.

Las siluetas de los dos corceles se fueron destacando entre la penumbra. Y, de pronto, Larrigan, en cuyos ojos había brillado una lucecita de esperanza, sintió que se le helaban las manos.

—Los caballos no traen nada…

—Sí… sí que traen algo, jefe.

Fue Hart el que detuvo a los animales. Y un espantoso silencio fue lo único que pesó sobre los dos hombres, cuando se dieron cuenta de qué era lo que había sobre los lomos.

Diríase que ninguno de los dos respiraba.

Al fin, Hart extrajo de uno de sus bolsillos un reloj de acero, y lo miró pensativamente.

Larrigan estaba extrañado ante el gesto de su subordinado. Murmuró con voz glacial:

—Pero ¿qué haces?

—Comprobaba el tiempo que han durado, jefe.

—¿Y… cuánto han durado?

—Veinte minutos… contando desde que salieron por la puerta de la oficina.

Larrigan tenía la sensación de que sus pies no tocaban en el suelo.

—De modo… que ésa es la respuesta de Bingam.

—Me temo que sí, *sheriff*. Y no veo ya de qué modo podemos evitar el ataque.

—¿Qué sugieres, entonces?

—Quizá sería mejor parlamentar…

—¿Quieres decir rendimos?

—Bueno, no es exactamente eso… Con que nos garanticen nuestras vidas, ya hay bastante.

—¿Y Stella?

—Pediríamos que ella también entrara en el trato.

—Ahora ya es demasiado tarde. Bingam no querrá.

—Déjeme intentarlo, al menos…

Larrigan reflexionó velozmente.

Perder su dinero era malo, pero menos malo que perder la vida, con lo cual lo perdía también todo.

—Bien —dijo—. Quizá sea la única solución. Trata de…

En aquel momento oyeron un grito. El grito desgarrador de una mujer en peligro.

* * *

Fue Larrigan el primero que se puso en movimiento. Por la voz comprendió que sólo Stella podía haber hecho aquella desesperada petición de auxilio.

Echó a correr. No perdió ni un solo segundo. En su derecha brillaba el revólver.

Vio, con horror, que su casa tenía la puerta abierta. Del interior

seguían partiendo gemidos, más entrecortados cada vez.

Entró de un salto.

Lo que vio le hizo estremecerse de horror y rabia al mismo tiempo. Un desconocido, que, por su aspecto, debía pertenecer a la banda de Bingam, había irrumpido en la casa. Tenía a Stella derribada sobre el lecho y la golpeaba salvajemente con ambas manos a la vez, mientras la mantenía inmóvil con las rodillas. Su propósito estaba bien claro: destrozar la resistencia de la muchacha para conseguir lo que quisiera de ella.

Los dientes de Larrigan rechinaron.

Con voz espesa, masculló:

—Yo puedo ayudarte, muchacho…

Puso la zarpa sobre el cuello del forajido y lo derribó por tierra. El otro se había desprendido de su cinto y de su revólver. Estaba desarmado.

—¡No tires! —gritó—. ¡No tengo arm…!

No llegó a terminar.

Larrigan empezó a disparar y le cosió materialmente a balazos, desde el vientre a la cabeza. Empezó por abajo y no terminó hasta que le hubo perforado la frente.

Luego masculló:

—¡Condenado perro…!

Un gemido entrecortado le hizo volverse. Stella lloraba, derribada aún sobre el lecho.

Las lágrimas se mezclaban con la sangre que manaba de sus labios rotos.

Larrigan le tendió una mano y le hizo ponerse en pie.

—¿Qué ha sucedido?

—Ese hombre… derribó la puerta.

—¿Te dijo algo?

—Sí… Que eso habían decidido hacer todos conmigo. Pero que él había podido adelantarse.

Los dientes de Larrigan rechinaron.

De repente, lo vio todo color sangre. Contempló a Hart con la mirada perdida.

—Ya ves lo que ocurrirá. No podemos tratar con Bingam.

—Pero…

—Yo voy a seguir luchando. Lucharé hasta que me maten. Tú

haz lo que te venga en gana.

Hart se mordió el labio inferior.

Había sido un borracho, pero no un cobarde. Si tenía que morir, lo haría con la cabeza alta.

—Yo me quedo, *sheriff*.

—Bien… Esperaba que dirías eso, Hart. Vamos a fortificarnos en mi oficina.

—Creo que hay un edificio mejor.

—¿Cuál?

—El Banco. Las paredes son más sólidas.

Larrigan afirmó.

El Banco era suyo, como casi todo en la ciudad. Era una institución todavía modesta, pero con la que había esperado llegar muy lejos. Ahora, le serviría para defender su piel.

—Tienes razón. Vamos allá.

—Necesitaremos armas y balas. Todos los rifles cargados de que se pueda disponer.

—Trae lo que puedas de la oficina.

Hizo una seña a Stella y murmuró:

—Por favor, lávate la cara. Y acompáñanos. No temas que ocurra nada, mientras estés con nosotros.

—Sí, Pat.

Pero antes de alejarse, se volvió, mientras murmuraba:

—Supongo que Sidney nos ayudará. Él es un gran tirador.

—Sidney se ha ido.

—¿Es… posible?

—No le gustan los líos. Se ha largado, en cuanto ha visto lo que ocurría aquí. —Con los ojos entrecerrados, añadió—: ¿Es que lo sientes?

Stella estaba confusa y avergonzada. En su rostro, las lágrimas seguían mezclándose a la sangre. Nunca llegó a imaginar que fuera posible pasar una noche de bodas como aquélla. Pero consiguió rehacerse, y dijo con voz que parecía serena:

—Si Sidney se ha ido, alguna razón tendrá. Yo… yo no lo siento de una manera especial, Pat.

—¡Mientes!

No supo por qué Larrigan había dicho aquello. Pero estaba nervioso, a punto de estallar.

—¡A ti siempre te ha interesado Sidney! —masculló—. ¡En cuanto tienes ocasión, hablas de él! Eres una…

—Pero, Pat… ¿qué te ocurre?

Hart se había acercado también. Le miraba, extrañado.

—Sí, jefe. ¿Qué le sucede? ¿Cree que ahora es el momento de plantear una cuestión de celos?

Larrigan se pasó una mano por la frente.

—No… en eso tenéis razón los dos. Yo estoy perdiendo el tiempo, y cada minuto cuenta. Ve a buscar las armas, Hart, mientras Stella y yo empezamos a fortificar el Banco.

Hart salió.

El armero principal de la oficina estaba muy cerca de las celdas. Sidney le oyó trajinar allí.

—Eh, amigo…

Hart le miró desde la puerta.

—¿Qué ocurre?

—Me gustaría saber qué ha pasado con aquellos dos tipos.

—Te has enterado de todo, ¿eh? ¿No estabas dormido?

—Lo he oído todo confusamente. No sabía si era verdad o un maldito sueño.

—Era verdad. Y los dos han sido apiolados.

—¿Qué…?

—Les han abierto la garganta. Una cosa que no tiene ninguna gracia, vamos. Y me temo que a ti te va a ocurrir lo mismo.

—¿Bingam?

—De un momento a otro sus hombres van arrollar esta ciudad, y entonces no sé lo que va a ocurrir. ¿Puedo hacer algo por ti?

—Sí. Deme un revólver.

—¿Un revólver? ¿Crees que soy idiota?

—Sólo pretendo defender mi pellejo. El único que está dispuesto a dar algún dólar por él soy yo mismo.

Hart lanzó un gruñido.

—No creo que el *sheriff* y tú estéis en muy buenas relaciones, de modo que no pienso soltarte. No he recibido órdenes.

—¡Pero no sea loco! ¡Sólo trato de que no me maten como a una rata!

—Nada de armas de fuego. Pídeme otra cosa.

Sidney simuló resignarse:

—Bueno, pues entonces… una botella de *whisky*.

—Eso trataré de proporcionártelo.

Hart fue a la oficina, donde sabía que había botellas. Extrajo una de un cajón, y la tendió a Sidney a través de los barrotes.

—Toma, y que te haga buen provecho. Mejor que estés empapurrado de alcohol cuando vengan por ti.

—Esto es como una ejecución, ¿eh?

—Algo parecido.

Hart se volvió, dispuesto a olvidarse del prisionero.

Éste movió el brazo derecho, en cuya mano tenía la botella.

Se oyó un ruido sordo y un grito.

—Buena puntería… —masculló.

Hart, en efecto, había recibido en plena nuca la botella, lanzada con enorme precisión y con increíble fuerza. Sus ojos se pusieron en blanco y cayó de rodillas, perdiendo el sentido.

Sidney había confiado en que el guardián caería lo bastante cerca como para poder sujetarlo. Pero quedó tendido a cierta distancia, de modo que no pudo rozarle ni aun tendiendo el brazo con todas sus fuerzas.

Probó otra vez.

Jadeaba.

Se dio cuenta de que era imposible. Le faltaba medio palmo para llegar a la parte más cercana del cuerpo de Hart.

Y éste sólo estaría sin sentido un minuto como máximo. El golpe no daba para más.

Sidney empezó a sentirse desesperado.

Si continuaba allí, los hombres de Bingam le matarían. No quedaría en la ciudad ningún hombre que pudiera parecerles peligroso.

Miró en torno suyo y, de pronto, tuvo una idea. Tomó la manta del camastro, la enrolló e hizo con ella una especie de arco, que sujetó por los dos extremos. Trató de «pescar» con él una de las botas de Hart.

Pero ésta resbalaba.

El ayudante del *sheriff* empezaba a recuperar ya el conocimiento. Se movía torpemente.

Fue en uno de esos movimientos cuando encajó bien la bota en la manta. Sidney tiró de él.

Bruscamente, lo tuvo a su alcance. Con la mano izquierda asió nerviosamente el revólver.

Hart se desperezó.

No se dio cuenta de que acababa de quedar desarmado.

Miró con ojos llameantes a Sidney, que acababa de ocultar el «Colt».

—¿Has pretendido fugarte, eh? ¡Pedazo de idiota! ¿No has visto que no tengo las llaves?

—Una equivocación la comete cualquiera. Creí que las llevabas encima.

—¡Pues están ahí! —señaló un manojo colgado junto a la puerta —. ¡Están ahí, bien lejos de tu alcance, idiota! ¡No podrías salir ni aunque tuvieras la fuerza de diez gorilas!

—Saldría, si usted fuera un hombre razonable.

—¡Vete al infierno! —masculló Hart—. Debería clavarte un balazo, por lo que has hecho, pero ya se encargarán otros de ese detalle. ¡Y ahora espero que te diviertas mucho en tu celda! ¡Nos veremos en el Valle de Josafat!

Se puso cinco rifles bajo un brazo, una caja de municiones bajo el otro, y salió precipitadamente, sin ocurrírsele pensar que no llevaba revólver en la funda.

Al quedar solo, Sidney miró el «Colt».

Era su oportunidad. La última.

Cuando se hubo convencido de que el otro ya no volvería, apuntó cuidadosamente a la cerradura.

Y apretó el gatillo, haciéndola saltar. Las esquirlas de hierro le llegaron hasta la cara.

# Capítulo VI

Hart llegó precipitadamente al edificio del Banco. Sudaba como un condenado.

Vio que en las dos únicas ventanas ya había muebles amontonados. La puerta aún seguía abierta, sin duda esperándole.

Stella tenía un aspecto casi normal, pero estaba espantosamente pálida.

—¿Qué traes? —mascculló Larrigan.

—Eso es todo lo que había.

—Con lo que tenemos, servirá. Podemos resistir un día entero.

Hart no daba importancia a lo ocurrido en la celda, y por eso no lo comentó. Miró aprensivamente el techo.

—Hay algo con lo que no contamos. El techo es de madera, y pueden incendiarlo.

—Es un riesgo que hemos de correr. ¿Nada nuevo en la ciudad?

—Nada.

—Pues voy a atrancar la puerta. Esperaremos a que ataquen.

—Sí —dijo Hart, ásperamente—. Hasta para que le maten a uno hay que tener paciencia…

Mientras tanto, Sidney se encontraba ya libre.

Salió a la oficina, vio otra botella de *whisky*, y estuvo a punto de echar un trago. Pero se contuvo, haciendo un gesto de resignación.

Había comenzado a beber al pensar que nunca más vería a Stella. No iba a emborracharse ahora que la tenía tan cerca, aunque legalmente perteneciese a otro.

Buscó con los ojos un cinto canana, y lo encontró fácilmente. Era el suyo propio, el que le habían quitado al entrar allí. Repuso todas las municiones que faltaban, y salió.

Sobre la ciudad pesaba un silencio espantoso.

Diríase que nadie habitaba ya allí, que todos sus pobladores habían muerto.

Tragó saliva penosamente, mientras echaba a andar.

No le gustaba aquello. No le gustaban las ciudades donde uno no ve a dos pasos y donde no se oye un sonido.

Pero, de pronto, aquel silencio quedó roto. Escuchó unas pisadas a poca distancia.

Debían ser tres hombres los que se aproximaban. Y lo hacían autoritariamente, como si se creyeran los dueños de la ciudad.

Sidney no buscaba líos, por el momento. Antes quería enterarse de cuál era la situación.

De modo que se coló en el local más cercano que halló. Era un saloon, que aún tenía una pequeña luz encendida en uno de sus rincones.

Sidney se sentó ante una mesa y puso los pies en ella. No resultaba visible allí. Notó que los pasos se acercaban y que luego empezaban a alejarse. Los pistoleros, pues suponía que lo eran, iban a pasar de largo.

De pronto sonó una rabiosa sarta de disparos.

Varias balas entraron aullando en el local, haciendo oscilar los batientes.

Tres sombras se colaron dentro inmediatamente. Quedaron tendidas en el suelo, mientras se oían sus resoplidos.

No respondieron al fuego, sin duda para no delatar su posición. Los disparos fueron cesando poco a poco.

Sidney, que no había cambiado de postura, oyó sus cuchicheos:

—¿Desde dónde, infiernos, tiraban?

—Desde el Banco. Está ahí en frente…

—Pues no comprendo cómo no nos han dado.

—Yo tampoco. Nunca he visto peor puntería. Debían estar muy nerviosos o muy asustados.

—Pero ¿qué hacemos ahora? No podemos salir…

—Claro que podemos salir, idiota. Si quisiéramos, lo haríamos cómodamente por atrás. Pero creo que este tropiezo nos ha dado suerte.

—¿Por qué?

—Ahora ya sabemos dónde se ha fortificado Larrigan. Es como tenerle acorralado.

—¿Aviso a Bingam?

—Espera… Antes quiero obligarle a salir.

—¿De qué modo?

—Ese edificio tiene techo de madera, como todos. Bastará incendiarlo, enviándole un par de lámparas de petróleo. Y luego le amenazaremos, lanzando unas botellas de ron, que también arde con facilidad. Ahí tiene que haber de todo.

Los tres hombres se pusieron a la tarea, seguros de no ser molestados.

Sidney no había hecho ningún movimiento. En el primer momento pensó que, si allí estaba acorralado Larrigan, él no iba a hacer nada por salvarle. Allá su ex socio con sus problemas. Al fin y al cabo, él se había buscado aquello, por exceso de ambición.

Vio que los forajidos descolgaban dos lámparas de petróleo apagadas, las cuales encendieron lejos de las ventanas para que no se viera el resplandor.

Luego corrieron hacia la puerta.

—¡Allá va!

—¡Perfecto!

Las lámparas estallaron en el tejado, y el líquido inflamado empezó a circular hacia abajo, prendiendo en las tablas. Varios disparos hechos desde el Banco ni siquiera inquietaron a los forajidos, que ya se habían puesto a cubierto.

—Parece que eso arde poco…

—Ya empezará a prender. Pero creo que será buena la idea de añadir un poco de ron al pastel.

—Vamos.

Unas botellas fueron retiradas de los anaqueles. Los tres hombres se colocaron junto a la puerta, donde permanecían invisibles para los del Banco.

—¡Tira!

En seguida, un grito de júbilo.

—¡Perfecto…!

El ron hizo que las llamas tomaran un nuevo incremento. El techo empezó a crepitar.

Los que estaban encerrados no dispararon, porque no podían ver a sus enemigos. Sólo oyeron sobre sus cabezas el ruido delator de que las llamas avanzaban.

Larrigan palideció mortalmente.

—Han incendiado el techo…

—Hay que salir de aquí —masculló Hart.

—¿Por dónde? El Banco no tiene ventanas ni puertas posteriores, precisamente para evitar robos.

—¡Pues hemos de hacer algo!

Hart se estaba poniendo irremediablemente nervioso. El pánico le dominaba.

Larrigan le propinó dos fuertes bofetadas. Su ayudante se restañó con sorpresa los labios, donde habían aparecido dos líneas de sangre.

—Pero… ¡pero, jefe!

—Vamos a aguantar aquí, Hart.

—¡Yo no quiero quemarme vivo!

—¡Aguanta!

Los crujidos que oían sobre sus cabezas se transformaron en un largo chasquido.

El techo empezaba a ceder. Por una grieta, vieron el resplandor de las llamas.

Stella lloraba silenciosamente.

No quería demostrar terror, pero se daba cuenta de que aquello era el fin.

El propio Larrigan tenía miedo.

Dispuesto a luchar, no aceptaba, sin embargo, según qué clase de muerte. Quedar achicharrado sin poder disparar un tiro, era algo que le horrorizaba más y más a cada minuto que transcurría.

Y el tiempo avanzaba con increíble rapidez. Tanto como el fuego, que ya empezaba a resbalar por la fachada.

Los nervios de Larrigan estallaron de pronto. Gritó, con voz potente:

—¡Eh, vosotros! ¡Los del saloon!

—¡Habla!

Quiero hacer un pacto. Saldré de aquí, sin disparar un tiro, y accederé a lo que Bingam quiere.

—De acuerdo. Ya puedes salir.

—He dicho que quiero hacer un pacto, no que piense rendirme. Tenéis que garantizar nuestras vidas y, además, la integridad de la mujer que está conmigo. No le tocaréis un pelo de la ropa.

Sidney, que lo oía todo perfectamente, se estremeció.

¡De modo que ella estaba con Larrigan!

En silencio, sin que los otros sospecharan su presencia, se fue poniendo en pie poco a poco.

Oyó que uno de los forajidos contestaba:

—¡De acuerdo! ¡Podéis salir!

—¿Con qué garantías?

¡Tienes que fiarte de nosotros, Larrigan! ¡Y si no te gusta, espera a que las llamas acaben contigo!

Larrigan comprendió que no podía elegir. Y resolvió aceptar el desigual trato.

—¡De acuerdo! ¡Voy allá!

—¡Con las manos en alto! ¡Y pensad que os estaremos apuntando!

La puerta del. Banco se abrió. El resplandor de las llamas, cada vez más intenso, permitió que se dibujaran con claridad las figuras de la mujer y los dos hombres.

Los tres forajidos se asomaron al porche. Todos llevaban sus armas dispuestas, mientras que Larrigan, Hart y Stella mostraban sus manos vacías.

—Situaros delante. En el centro de la calle.

Los tres obedecieron.

Uno de los forajidos, que resultó ser Bunsen, se adelantó un par de pasos.

Balanceando el revólver en su derecha, miró con sorna a Larrigan.

—Todo ha sido más corto de lo que creías, ¿eh?

—No quiero sermones, Bunsen. Trataré del negocio con Bingam directamente.

Bunsen rió.

—Es que el negocio se ha complicado, Larrigan.

—¿Qué quieres decir?

—Algunos de nuestros hombres han muerto.

—Son pegas del oficio. Vuestro trabajo tiene ese riesgo.

Pero nosotros te habíamos ofrecido unas condiciones, y esos muertos las han hecho cambiar. También hay otra cosa, que varía mucho las circunstancias.

—¿Cuál?

—Tu chica. No la habíamos visto antes con detalle.

Larrigan se estremeció.

—¿Y… y qué?

—Es muy bonita.

—Ése es asunto mío.

—Te equivocas. La belleza de las mujeres es más bien un asunto de todos.

Estaban tan claras las intenciones de los forajidos, que Larrigan sintió que ni la voz salía de su garganta.

—Pero antes de salir yo de ahí, hemos hecho un pacto —consiguió balbucir.

—Yo ya lo he olvidado.

—¡Eres un canalla, Bunsen! ¡Un maldito hijo de zorra!

—Las voces de los muertos no me molestan —dijo Bunsen fríamente—. En cambio, me siento cada vez más impresionado por la belleza de tu chica. Tú, muñeca, acércate.

Contra lo que todos creían, y en medio de un espantoso silencio, Stella se acercó.

Sostuvo fríamente la mirada de los tres bandidos.

—Diga, señor.

—Eres muy bien educada…

—Me gusta causar buena impresión, señor.

—Pues lo consigues, nena. Vamos, da una vuelta. Que te veamos bien.

Larrigan espumeaba de rabia.

—¡No lo hagas, Stella! ¡No obedezcas!

Pero Stella pareció no oírle.

Lentamente dio una vuelta, haciendo que girara su falda a impulsos de la brisa.

Los ojos de los tres pistoleros estaban brutalmente clavados en ella. Diríase que eran víctimas de una obsesión.

Stella murmuró:

—¿Me han visto bien?

—Bastante bien, muñeca.

—Pues lo celebro, porque así se han dado cuenta de lo que nunca será suyo.

Bunsen rechinó los dientes al principio, con un primer impulso de rabia. Pero luego la situación debió parecerle graciosa, porque

lanzó una carcajada.

—Eres una yegua salvaje, ¿eh? Muy bien, yo te domaré. Ven… acércate a tu dueño.

Tendió bruscamente una mano hacia ella. Logró sujetarla por un hombro, pero Stella se desasió. La tela del vestido quedó desgarrada.

Ella le miró desafiante desde el centro de la calle, iluminada por las llamas. Y Bunsen avanzó lentamente hacia ella. Todos vieron que la chica no tenía la menor posibilidad de esquivar la próxima acometida.

Susurró:

—No se acerque… No se acerque porque me defenderé como una gata…

—Eso me gusta —dijo Bunsen suavemente—. Las gatas resultan, luego, las más cariñosas…

Fue a dar un paso, pero de pronto se detuvo.

Porque acababa de oír rechinar unos batientes a su espalda.

# CAPÍTULO VII

Los tres hombres se volvieron poco a poco como si formaran un solo cuerpo.

No hicieron uso de sus armas. Ignoraban si el tipo que acababan de oír a su espalda les estaría apuntando ya.

Sidney dijo desde el porche:

—He sido testigo de toda la comedia. Y me parece la pieza de teatro más divertida que he visto en mi vida.

Larrigan le miraba como si no diera crédito a sus ojos.

—Sidney… Pero ¿cómo has podido huir?

Hart tampoco lo comprendía. Aún no se había dado cuenta de que le faltaba el revólver.

Pero la que comprendió demasiadas cosas fue Stella. Y miró inquisitivamente a su marido:

—Tú me habías dicho que Sidney se fue de la ciudad…

—Bueno, ¿y qué? La verdad es que lo metí en la cárcel.

Stella hubiera dicho algo, pero la voz de Bunsen cortó, de repente, sus pensamientos.

—Parece que conocéis a este tipo —dijo el forajido—. ¿Puedo saber quién es?

Sidney dijo tranquilamente:

—No soy más que un borracho. Sólo eso.

—Pues tienes el pulso firme…

Miraba el revólver que Sidney empuñaba, sin que temblara una décima de pulgada.

—Mi mamá me ha prohibido beber.

—Pues más vale que te vayas con ella… Más vale que te largues de aquí, si quieres seguir viviendo. Éste no es asunto tuyo.

—Por el contrario. Me interesa.

—¿Por qué?

Sidney apretó los labios, evitando cuidadosamente mirar a Stella.

—En los grandes momentos es cuando se dicen las grandes verdades. Bien… Mi verdad es muy sencilla: siempre he estado enamorado de esa mujer, y lo sigo estando, aunque ahora pertenezca a otro. No quiero que le ocurra nada, y por eso estoy aquí.

Stella susurró:

—Sidney…

Pero notó que una de las manos de su marido se había cerrado sobre su hombro hasta hacerle daño.

Por otra parte, ya no podía intervenir en aquello. Se daba cuenta de que era ajena a los acontecimientos que se estaban precipitando por sí solos.

Bunsen y sus dos compinches se habían situado en línea.

Llevaban los revólveres en las manos. Sidney también.

Aquello no era un duelo, sino una cuádruple ejecución. Era seguro que todos morirían, pero sobre todo su amigo.

Bunsen trató de sonreír.

—Oye, muchacho…

—¿Qué?

—Esto resulta poco elegante. Tal vez convendría que todos guardáramos los revólveres…

—¿Quieres un duelo?

—Otra cosa resultaría absurda.

—De acuerdo…

Bunsen no creyó que el otro fuera a dar tantas facilidades. Contuvo una sonrisa.

Fue él quien inició el gesto de enfundar, pero, de pronto, se detuvo. Y alzó el revólver rabiosamente, mientras Sidney dejaba caer el «Colt» en su funda.

—¡Toma, imbécil!

Bunsen estaba seguro de matar a aquel ingenuo enemigo. Una simple cuestión de trámite.

Sus dos compañeros, sin adivinarle la intención, habían guardado los revólveres ya. Y no se movieron, pensando también que aquello estaba decidido.

De repente, Sidney se lanzó hacia un costado, mientras gritaba salvajemente. Tiró a través de la funda.

Bunsen también llegó a disparar, pero no se dio cuenta de que su bala iba al techo.

Sintió un choque en la frente. Tampoco se dio cuenta de que aquello era plomo caliente. Las balas no duelen cuando en seguida atraviesan el cerebro.

De pronto dio un salto hacia atrás. Pareció como si un salvaje vendaval lo arrastrara consigo.

Sus dos compañeros tardaron unos segundos en reaccionar. Al principio, no se dieron cuenta de que Bunsen no era ya nada más que un muerto.

Aquellos segundos les resultaron fatales. Ahora la ventaja estaba de parte de Sidney, que tenía él «Colt» en la mano, mientras que los otros los habían depositado en sus fundas.

El joven aprovechó bien aquella ventaja. Para él sí que fue una simple cuestión de trámite.

Disparó dos veces en dos segundos. Se oyeron gritos de dolor.

Uno de los pistoleros aún pudo poner su «Colt» en línea de tiro, pero inútilmente. Tenía ya el corazón atravesado cuando logró apretar el gatillo y enviar una bala al aire.

Sidney parpadeó un momento. Hacía mucho tiempo que no mataba a tres hombres. Aquello era como volver a los viejos tiempos, cuando Larrigan y él se conocieron. Cuando Sidney, pese a su juventud, era ya un conocido pistolero de la llanura.

Todos estaban atónitos también, en especial, Hart. Él no había visto tirar nunca así a su jefe.

Sidney murmuró:

—Siento haber sido responsable de este espectáculo, pero creo que no había otro remedio.

Notó que Stella le miraba con sus ojos atónitos, muy grandes, muy abiertos.

Pero él no quiso contemplarla, pese a que aquello le hería en lo más íntimo, porque era la mujer de otro.

Fue «el otro», fue Larrigan el que murmuró:

—¿Cómo has logrado fugarte?

—Pude hacerme con un revólver.

—¿Y qué piensas hacer ahora? ¿Matarnos?

—¿Crees que es ésa mi intención?

Larrigan dijo amargamente:

—Supongo que ahora me debes considerar tu enemigo. Tienes motivos para ello.

Stella volvió la cabeza bruscamente.

—¿Qué motivos? ¿Y por qué lo hiciste encerrar en una celda, Pat, si puede saberse?

—No es más que un borracho.

—En eso tiene toda la razón —reconoció Sidney.

—Yo soy responsable del orden en la ciudad. Y él sólo había venido a perturbarlo.

—También es cierto —reconoció el joven, mientras guardaba su revólver—. Armé camorra en un saloon.

—Pero… vuestra actitud… Yo no lo entiendo… —farfulló Stella.

Sidney se dio cuenta de que ella no conocía la verdad, de que, por lo que fuese, había vivido engañada hasta aquel momento, en cuanto a sus verdaderas relaciones con Larrigan. Y no quiso complicar las cosas más para no deshacer lo que, al fin y al cabo, era ya un matrimonio. Su propia vida no tenía sentido. ¿Para qué destruir la de los otros?

—Pat siempre tuvo más sentido común que yo —dijo Sidney—. Eso es todo. Y ahora espero no molestaros más.

Dio media vuelta y entró de nuevo en el saloon.

Sabía que allí había una puerta trasera y que podía salir por ella. De ese modo desaparecería sin que los que estaban en la calle supiesen adonde había ido.

En la calle, Stella, Larrigan y Hart quedaron un momento como petrificados, mientras sus figuras eran alumbradas por el resplandor cambiante de las llamas, que devoraban ya casi enteramente el edificio del Banco.

Larrigan sabía que allí perdería unos cuantos miles en billetes, pero eso no le importó demasiado. Los lingotes de oro que se guardaban en la caja fuerte no resultarían afectados por el fuego. Además, había algo que le preocupaba en mucho mayor grado: Sidney.

Por dos veces le había salvado la vida, pero no le alegraba verle allí. Su más ferviente deseo era que se marchase, que desapareciera para siempre.

Stella pareció adivinarlo cuando se volvió hacia él y le preguntó con voz espesa:

—Él no se separó de ti, ¿verdad?

—¿Qué quieres decir?

—Por una razón u otra, le obligaste a vender su parte. O quién sabe si le engañaste.

—¿Qué derecho tienes a pensar eso?

—Tu actitud es muy extraña, Pat. Nunca te había visto obrar como esta noche.

—Debieras recordar que soy el *sheriff*, y que tengo obligaciones. Hasta mis viejos amigos están obligados a cumplir la ley, y si encerré a Sidney fue porque armaba camorra en un saloon. Él mismo lo ha reconocido. ¿O acaso no lo crees?

—Sí… sí que lo creo, Pat. Pero ¿qué hubo detrás de todo eso? ¿Por qué tienes esa actitud tan extraña?

—Estoy nervioso. Tengo motivos para ello, ¿no?

Stella dirigió una rápida ojeada a los tres cadáveres.

—En efecto, los tienes. Pero ahora, ¿qué vamos a hacer?

—Bingam atacará de nuevo —susurró Hart—. Y esta vez lo hará con todos sus hombres.

—Hay otro lugar donde refugiamos —murmuró Larrigan—. No quise emplearlo antes por su carácter sagrado, pero ahora no queda otro remedio: nos parapetaremos en la iglesia.

—Y su techo es de tejas —murmuró Hart—. No podrán incendiarlo.

—Vamos allá.

Los dos hombres se dirigieron hacia el pequeño templo, cuyas gruesas paredes garantizaban una buena protección. Sólo necesitaban acumular en la entrada todas las sillas destinadas a los fieles, para formar una barricada eficaz.

—Lo malo es que en el incendio hemos perdido nuestros rifles —murmuró Hart.

—Tenemos revólveres, y podemos apoderarnos de los que llevaban los muertos. Hazlo tú mismo, Hart.

—De acuerdo.

—En casa hay también dos rifles —dijo Stella—. Los traeré.

—No quiero que te arriesgues —mascalló Larrigan—. Prefiero que…

Pero la muchacha ya había dado media vuelta y se alejaba velozmente. Larrigan estuvo a punto de llamarla a gritos, y en el último momento se detuvo porque no le convenía revelar su posición con sus voces. Quizá Bingam estaba desorientado, y a él le convenía que esa situación durara todo el tiempo posible.

Un momento después, la había perdido de vista.

* * *

Sidney se sentó cansadamente en un porche. Detrás suyo no había más que un edificio vacío, cuyos habitantes debían haberse largado, aprovechando las sombras de la noche. Delante, la calle solitaria. La sensación de aislamiento era absoluta, casi sobrecogedora.

Buscó en uno de los bolsillos de su camisa y no encontró más que unas cuantas briznas en su bolsa de tabaco. Pero empezó a liar un cigarrillo con movimientos calmosos.

No sabía adónde ir.

Le parecía evidente que ahora Bingam y sus hombres estarían muy alerta, y que si salía de la población, se exponía a morir. Pero al mismo tiempo, no quería permanecer en Álamo ni diez minutos más. Todo le recordaba a Stella, y todo le recordaba también lo que pudo haber sido para él una vida muy distinta.

Trabajó durante años para poder ofrecer algo digno a aquella muchacha a quien amaba, y, sin embargo, ahora no era más que un simple vagabundo.

Se encogió de hombros.

Bien, ¿y qué? ¿Qué sentido tenía, ahora, todo?

De pronto, alzó la cabeza, al oír unos pasos furtivos. Estuvo a punto de llevar la derecha a su revólver.

Pero quedó atónito al ver que era Stella, la que se acercaba. Stella, cuyo cuerpo parecía palpitar en la penumbra.

Ella se detuvo a unos pasos.

—Sabía que estabas aquí —susurró.

—¿Por qué?

—He visto brillar, un momento, la llamita de tu cigarrillo.

Sidney lo arrojó al suelo y lo pisó lentamente.

—Es cierto. No me había dado cuenta de que eso puede ser peligroso.

Y dejó de mirarla. Dio la sensación de que no le importaba la presencia de la muchacha.

Pero ella se sentó a su lado, y durante largos minutos ambos permanecieron en silencio, como si se encontraran en una ciudad pacífica y tranquila, en lugar de estar sobre un volcán.

Fue Stella la que rompió el silencio:

—Es como en otro tiempo, ¿verdad?

—Yo ya no lo recordaba.

—Claro que lo recuerdas. Nos solíamos sentar como ahora, en cualquier porche de cualquier casa abandonada, y hablábamos de mil cosas triviales, como del tiempo o de los caballos salvajes que cabalgaban por la llanura. A veces, habíamos hablado de nuestro futuro, de los tiempos que vendrían después. ¿Tampoco lo recuerdas?

—De eso hace mucho tiempo.

—No tanto, Sidney. Uno o quizá dos años.

—Es como si hiciera un siglo.

—Me parece extraño vernos los dos juntos otra vez —susurro ella, como si no hubiera oído sus anteriores palabras—. Y ahora me doy cuenta de que tú siempre me hiciste mucha más compañía que Pat.

Él no contestó.

Sentía la presencia de la muchacha como una cosa caliente y viva, llena de turbadora suavidad. Y sin embargo, se obstinaba en no mirarla, en no querer notar su presencia.

—¿Por qué te fuiste? —preguntó directamente Stella.

—Ya lo sabes. Vendí a Pat Larrigan mi parte.

—Pero ¿por qué?

Él dijo ambiguamente:

—Cosas…

—Voy a hacerte una pregunta, Sidney, y quisiera que me contestaras con claridad: ¿Te engañó Pat de algún modo?

—¿Qué te hace pensar eso?

—Su extraña actitud.

Él crispó un momento los dedos, en un movimiento que Stella no notó. Estuvo a punto de decir la verdad, pero ¿de qué podía servir eso ahora? Incluso para decir las verdades hay que elegir los momentos, y éste era de los más inoportunos. Al fin, se encogió de

hombros, diciéndose que, por su parte, Stella nunca sabría lo realmente sucedido.

—No, no me engañó —dijo—. No tenía necesidad de hacerlo.

—¿Pues por qué se porta así contigo, como si te tuviera miedo?

—Ya te lo ha explicado con claridad: él es el *sheriff*, y yo, solamente un vagabundo.

—Un vagabundo… Tú que pudiste ser tan rico como es él…

—No pensemos en ello. El Destino tiene cosas raras, y hay que aceptarlas.

Stella preguntó bruscamente:

—¿Por qué no te quedas con nosotros?

—Porque las cosas han cambiado mucho.

—¿Qué cosas?

—No debieras preguntarlo. Pat es ahora un hombre muy rico, y en cuanto a ti…

Se detuvo porque no quería revelar los verdaderos motivos de su marcha, que era tanto como decir sus verdaderos sentimientos. Pero ella los adivinó.

—Y yo soy su esposa, ¿verdad? ¿Es eso lo que querías decir?

Él no contestó.

—Todas las mujeres terminan casándose —dijo ambiguamente, al fin, cuando el silencio se le hizo insoportable.

—Pero no con quien quieren.

Él la miró con sorpresa, mientras todo su cuerpo era recorrido por un rápido estremecimiento.

—¿Acaso no quieres a Pat?

—Sí… Desde luego que sí. Pero en la idea de casarme con él, cuando me lo pidió, influyó mucho la costumbre de tenerlo a mí lado. En realidad, en toda mi vida no he conocido a otros hombres que él y tú. Era lógico que me casara con uno de los dos, pero…

Hubo un momento de silencio, mientras ella se mordía nerviosamente el labio inferior.

—Pero ¿qué?…

—Es curioso. Siempre pensé que terminaría casándome contigo. Que, en realidad, habíamos nacido uno para el otro.

La confesión fue hecha así, con sencillez, sin que ni la misma Stella se diera cuenta de su importancia. Sin que acertara a comprender que con aquello abría una vieja herida en el corazón

del hombre.

Sidney sentía unos locos deseos de besarla, de abrazarla, de confesar que la había amado siempre, y que, en realidad, también creyó que, por la fuerza misma de las cosas, los dos terminarían casándose.

Pero dominó aquellos sentimientos, y, con un gesto que quiso ser indiferente, se puso en pie.

—Debes volver —dijo.

—¿Junto a Pat?

—Es tu marido.

—No lo he olvidado. Y si he venido aquí ha sido solamente porque no quería que te fueras de ese modo… Como un perro al que se echa porque ya no sirve.

—Gracias… Nunca lo olvidaré, Stella.

Dio un par de pasos, y se volvió de repente.

—¿Dónde vais a refugiaros?

—En la iglesia.

—No es mal sitio. Adiós.

Ella le vio alejarse. Le miró con los labios apretados, mientras hacía esfuerzos desesperados por contener un sollozo.

Ahora se daba cuenta, cuando ya era demasiado tarde. Ahora comprendía que Sidney había sido su vida entera.

Pero él ya se perdía entre las sombras, ya se alejaba para siempre.

Hasta que, de pronto, sonó una descarga.

# CAPÍTULO VIII

Bingam había oído los disparos, y había visto las llamaradas que se extendían por una parte limitada del sur de la ciudad. Comprendió que alguien había iniciado el ataque, sin que él lo ordenase.

Tomó un larga vista y examinó las llamas. El resplandor de éstas le permitía ver los edificios circundantes.

—¿No es aquello el Banco?

—Sí. Ése es el edificio que está ardiendo —contestó el hombre que estaba a su lado.

—¿Y quién diablos se ha puesto a hacer eso? A mí me interesaba encontrar el Banco intacto. ¡Bunsen!

—No está aquí. Se halla en la ciudad.

—Entonces, ha sido él quien ha cometido esa tontería. ¡El muy imbécil!

—¿Voy a hacer una exploración?

—Sí. Y tráeme noticias.

Mientras su compinche se alejaba, Bingam organizó a sus hombres. La situación, ahora lo veía bien claro, no era tan optimista como cuando empezó la aventura. Tenía revólveres suficientes para dominar la ciudad, pero ya no podía descuidarse.

Entretanto, el pistolero estaba entrando en Álamo. Se movía cautelosamente, como un gato montés.

Cuando llegó al lugar donde aún duraba el incendio, sólo pudo ver ya los tres cadáveres, uno de los cuales era el de Bunsen. Quedó petrificado, porque se dio cuenta en seguida de que habían muerto de cara, y, presumiblemente, con las armas en las manos. ¿Quién era el diablo que podía haber hecho aquello?

Miró en torno suyo, sin ver a nadie. Una lenta sensación de horror le iba dominando, a cada instante que pasaba.

Decidió regresar para dar cuenta a Bingam de lo sucedido. Éste era capaz de incendiar la ciudad entera, en cuanto supiese que Bunsen estaba muerto y que sus hombres empezaban a ser diezmados.

Al atravesar una calle silenciosa, le pareció ver a dos figuras hablando en un porche. Se acercó sinuosamente.

Cuando él ya estaba cerca, una de aquellas figuras se puso en pie, dando unos pasos para marchar. Se dio cuenta de que la que quedaba sentada era una mujer, y, por cierto, muy hermosa.

Extrajo el revólver silenciosamente. Liquidaría a aquel tipo, y luego podría llevarse fácilmente a la chica. Para Bingam podía ser un buen rehén.

A unos veinte pasos de su enemigo, tiró. Fue ésa la descarga que oyó Stella.

El forajido estaba muy seguro de acertar, pese a la distancia relativamente larga. Pero falló, por un detalle trivial.

Un perro que parecía a punto de saltar sobre él, gruñó bruscamente a su espalda. Eso hizo que su pulso temblara apenas unos segundos.

La bala se empotró a los pies de Sidney. Éste se arrojó velozmente a tierra.

Su enemigo, mientras tanto, se había vuelto con el revólver entre los dedos. Vio, en efecto, al gigantesco perro que se disponía a saltar sobre él.

Al primer disparo, le introdujo una bala entre los ojos. El animal cayó de costado, sin sufrir, mientras lanzaba un último gruñido.

Sidney vio el fogonazo. Disparó hacia allí.

Pero su enemigo ya estaba parapetado. Entre los dos se produjo, en los minutos siguientes, un estruendoso cambio de disparos, sin que ninguno diera en el blanco.

Mientras tanto, Stella se había pegado al porche, tendida sobre las tablas, y trataba de pasar lo más desapercibida posible, sin mover un solo músculo.

Pero su vestido, relativamente claro, la delataba.

El pistolero se dio cuenta de que estaba en mala situación y de que aquella muchacha constituía su mejor recurso. Si lograba llegar hasta ella, obligaría a rendirse a su enemigo.

Aunque tenía que cruzar una zona batida por el fuego, resolvió

correr el riesgo. Tenía también, un elemento a su favor.

Tomando con el brazo izquierdo el pesado cuerpo del perro, lo apretó contra su pecho, de modo que le cubriera desde los hombros hasta el vientre. En esa posición echó a correr, mientras disparaba frenéticamente con la derecha.

Sidney vio su silueta de un modo algo confuso, pero lo suficiente para poder disparar. Pensó que era un buen blanco, y no vaciló.

Tiró dos veces. Y estuvo seguro de que las dos balas habían llegado a su destino.

¿Por qué no caía su enemigo? ¿Es que era de acero, en lugar de ser de carne?

Sidney no pudo saber, en el primer momento, qué era lo que ocurría. Sólo notó que aquel tipo había llegado junto a la indefensa Stella.

El pistolero soltó el perro y abrazó a la muchacha, que había tratado inútilmente de huir.

—He ganado con el cambio —murmuró—. Tú eres un parapeto delicioso…

En seguida le clavó el revólver en los riñones. Stella lanzó un grito de angustia, pero no pudo desasirse.

Aquel grito lo oyó también Larrigan desde la iglesia, que estaba a poca distancia, en una calle paralela.

Comprendió en seguida lo que había sucedido. Y lanzó una maldición en voz baja.

El pistolero gritó:

—¡No sé si te importa esta chica, pero si no sueltas el revólver, le desharé el cuerpo a balazos!

Sidney sintió que el «Colt» quemaba entre sus dedos, porque no dudaba de que la amenaza fuera cierta. Pero todavía no lo soltó.

—Supongo que lo que quieres es parlamentar —dijo.

—Yo no parlamento con hombres armados. Suelta tu «Colt» y entonces sabrás lo que quiero.

Hubo unos instantes de terrible, de angustioso silencio, mientras Sidney trataba desesperadamente de encontrar una salida.

Pero Stella se dio cuenta de que no la había, de que Sidney nada podría hacer por ella. Y gritó angustiosamente:

—¡Pat! ¡Sácame de aquí, Pat! ¡Tú puedes hacerlo!…

Pat Larrigan se mordió el labio inferior, mientras apretaba el

revólver, pero no hizo ningún movimiento más.

—¡Pat, es un solo hombre…!

Hart, sudando de angustia, se acercó a él.

—Jefe, sin duda la ha capturado uno de los tipos de Bingam… ¿Va a dejar las cosas así?

—Estoy en buena posición. No debo abandonar este sitio.

—Pero… ¡pero, *sheriff*…!

—Puede ser una trampa para que yo salga.

Hart sudaba más copiosamente cada vez. Nunca había visto a su jefe en una actitud tan inhumana.

—¿Y si la mata? —farfulló.

—Yo sé lo que me hago.

—¿De veras lo sabe, *sheriff*?

—Ella estaba con ese perro… —dijo al fin, Larrigan, rechinando los dientes—. Es a Sidney a quien está hablando el pistolero de Bingam. ¡Los dos estaban juntos…!

—No debe sospechar que…

—¡Yo sospecho lo que me da la gana!

Hart comprendió que no lograría hacer cambiar de opinión a su jefe. Éste estaba trastornado, era como un loco que sólo ansia la venganza.

Mientras tanto, el pistolero habló por última vez:

—Tienes cinco segundos. Suelta tu revólver o…

Sidney dijo:

—Sí, claro…

Tenía que hacer la mejor puntería de su vida, tenía que jugárselo todo a una carta, sin permitirse el lujo de fallar.

—Ahí va el «Colt» —dijo levantándolo, como si fuera a lanzarlo, con un movimiento descuidado.

Pero, en realidad, había calculado las distancias perfectamente. Y comprendía que, cuando el «Colt» estuviera a la altura de su hombro, tenía las máximas probabilidades de alcanzar a su enemigo en la cabeza, tirando en línea recta.

Sólo un verdadero maestro del gatillo podía hacer aquel cálculo con probabilidades de acertar. Pero Sidney había manejado el revólver desde sus días de niño.

Bruscamente, su brazo se puso tenso. El movimiento descuidado se transformó en algo que tenía la tensión de un resorte mecánico.

El hombre que aferraba a Stella apenas pudo ver el fogonazo. Décimas de segundo después, la bala había penetrado por su ojo derecho, atravesándole el cráneo.

No pudo apretar el gatillo ni siquiera con un movimiento reflejo.

Sin lanzar un grito, cayó hacia atrás, soltando el revólver.

La que lanzó un grito, y angustioso, fue Stella.

La sangre del pistolero le había saltado hasta el hombro. Y sentía como si toda ella fuera una espantosa mancha roja.

Impulsivamente, echó a correr hacia Sidney. Y se abrazó a él, sin darse cuenta de lo que hacía, mientras su cuerpo era recorrido por violentos sollozos.

Tampoco Sidney se dio cuenta de lo que hacía. Pero, bruscamente, soltó el revólver y la estrechó entre sus brazos con fuerza.

Se apercibió de que era la primera vez que estaban así, la primera vez que sus cuerpos se encontraban y se unían. Y tuvo la sensación de que, pese a toda la tragedia que les rodeaba, aquél era el momento más hermoso de su existencia.

Larrigan también había oído aquel disparo, y en seguida el grito desgarrador de Stella. Tuvo sus buenos motivos para creer que el pistolero había cumplido su amenaza, y que era ella la que acababa de morir.

Por un momento, cerró los ojos. Una sombra negra cubrió su rostro.

Cuando alzó de nuevo los párpados, vio el rostro sudoroso de Hart, que le miraba, congestionado, desde un paso de distancia.

—¡Usted la ha sacrificado, Larrigan! —masculló—. ¡Usted no ha querido salir! ¡Ha preferido su cochino dinero…!

Larrigan masculló:

—¡Calla!

Pero Hart ya no estaba dispuesto a callar. Había muchas cosas en aquel hombre que siempre se esforzó por considerar defectos más o menos triviales, y que —ahora lo veía claro—, eran defectos monstruosos.

—Siempre le ha guiado la ambición, Larrigan —masculló—, su maldita y condenada ambición. En esta ciudad lo quiso todo para usted mismo. Ni una oportunidad para nadie, ni una ayuda al que la necesitase. La ciudad tenía que ser suya, exclusivamente suya. Y

ahora ha llegado al último extremo: Ha sacrificado a su propia esposa…

Los ojos de Larrigan brillaron salvajemente.

—¡Calla!

—¡Ya es tarde para callar! ¡Ya es tarde para seguir fingiendo que es usted una persona respetable! ¿Sabe por qué no le ha ayudado la gente de esta ciudad? ¡Porque no le tenían cariño, sino temor! ¡Porque están hartos de su maldito orden, de sus sistemas, consistentes en hacer trabajar a todo el mundo, en beneficio de una sola persona: Pat Larrigan, el todopoderoso! ¡Por eso no le ayudará nunca nadie, excepto ese pobre muchacho, ese amigo suyo, al que traicionó! ¡Y ahora, me largo! ¡Quédese, de una vez, con su maldito dinero!

Larrigan, ciego de ira, alzó la mano derecha.

La descargó pesadamente sobre Hart, partiéndole la boca.

Pensó que su ayudante contraatacaría, pero éste parecía demasiado cansado de todo aquello para tomarse esa molestia. Se limitó a mirar con desprecio a su jefe, dio media vuelta y se alejó pesadamente en dirección a la puerta.

Larrigan lanzó un rugido:

—¡Hart! ¡Vuelve, Hart, maldito seas!

El otro ni siquiera contestó:

Salió a la calle, dejando a medio construir la barricada que estaban alzando en la puerta, y, unos segundos después, se había perdido entre las sombras.

Ahora, de repente, en la ciudad todo era silencio.

Podía oírse el susurro del viento pasando por las calles vacías. El tableteo de algunas maderas mal clavadas en los porches. Y el «baaam» «baaam» de un cartel que había quedado semi descolgado, a causa de alguna bala perdida.

Larrigan sintió que el sudor también inundaba su rostro. Ahora estaba solo como un lobo, al que una jauría se dispone a dar caza. No podría resistir.

Respirando fatigosamente, trató de reaccionar. Era necesario que recobrara, al menos, el cadáver de Stella. No podía dejarlo así, toda la noche, para que lo atacaran las alimañas, que, sin duda, se atreverían a entrar en la ciudad.

Salió poco a poco del templo, mirando a todas partes. Avanzó

con cautela hacia el lugar donde había sonado el disparo, poco antes.

Dobló la esquina y entonces vio la escena. Vio a Stella y a Sidney abrazados bajo la noche, con las caras muy juntas, como si se estuvieran besando.

Eso no era cierto, porque lo que hacía Sidney era intentar calmar a la muchacha. Pero Larrigan contrajo sus facciones con un gesto de infinito odio.

Extrajo su revólver y lo alzó poco a poco, mientras apuntaba a la cabeza de Sidney.

## CAPÍTULO IX

Stella miraba solamente al joven que la estrechaba en sus brazos. Pero, de pronto, le pareció como si una sombra fugaz se hubiera movido al otro lado de la calle.

Desvió la mirada, y, de pronto, lanzó un grito de angustia:

—¡Cuidado, Sidney!

El joven obró con la velocidad de reflejos que tantas veces le había salvado la vida. Se arrojó a tierra, mientras hacía que Stella cayera también.

La bala pasó por donde unos segundos antes habían estado sus cuerpos. Larrigan, al ver que había fallado, lanzó un nuevo grito de rabia.

Pero ya no podía repetir el tiro. Los dos cuerpos habían rodado sobre el polvo de la calle, hundiéndose en las sombras.

Stella musitó:

—Dios mío, está loco…

—Calla…

Larrigan se acercaba, lenta y pausadamente. Sidney, que ya había recuperado su revólver, pudo haber disparado tranquilamente sobre él, pero no lo hizo.

—Stella… —bisbiseó.

—¿Qué?

—No es momento para hablarle porque no sabe lo que hace. Será mejor que desaparezcas hasta que se calme.

—¿Y tú?

—Deja eso de mi cuenta. Dobla por la esquina que tienes a tu izquierda, y ya no te verá. Pero sobre todo, no te levantes del suelo.

Ella no contestó. Se deslizó sinuosamente, mientras Larrigan se detenía, desorientado, apenas a cinco pasos de distancia.

—¡Sidney! —masculló—. ¿Dónde estás, maldito Sidney?

El joven iba a contestar, pero en aquel momento oyó algo que cambiaba completamente las cosas.

Caballos. Rumor de caballos que se acercaban velozmente desde la lejanía.

* * *

Bingam, al ver regresar a su subordinado, comprendió que éste había fracasado también. Y se dio cuenta de que la situación era ya tan crítica, que exigía una acción inmediata.

Pat Larrigan contaba con alguna ayuda. No sabía cuál, pero ya era hora de acabar con ella.

La orden que dio fue muy sencilla:

—¡Incendiad la población!

El Banco, un edificio aislado de los otros, no había propagado el fuego. Pero bastaba prenderlo en una de las casas iniciales de la calle principal para que las llamas se extendieran hasta el fin de ésta, envolviendo la población entera.

Todas las casas eran de troncos, y el suave viento de unos momentos antes, iba adquiriendo fuerza, de modo que propagaría las llamas en un santiamén.

La primera tea encendida voló sobre el tejado de una casa. Luego siguieron otras.

Se oyeron gritos de socorro, y algunos alaridos de angustia.

La mayor parte de las casas estaban habitadas por gentes que esperaban el fin de los acontecimientos. Bruscamente, se dieron cuenta de que estaba ocurriendo algo tan salvaje, que al principio no pudieron imaginarlo siquiera.

Las llamas se propagaban con enorme rapidez.

Bastantes habitantes de Álamo salieron a la calle, mientras los pistoleros de Bingam tiraban sobre ellos.

Larrigan y Sidney se dieron cuenta de lo que sucedía. Y de sus labios brotó la misma imprecación:

—¡Maldito hijo de perra…!

Se pusieron en movimiento por distintos caminos. Larrigan fue hacia un extremo de la calle. Sidney hacia el otro.

Fue Sidney el que llegó antes a una buena posición de tiro. Pero con los ojos desencajados, comprendió que no podría alcanzar a los

hombres de Bingam porque éstos, después de haber provocado el incendio, se mantenían discretamente a distancia, tirando contra los aterrorizados pobladores.

Era evidente que Bingam ya no esperaba sacar gran provecho de aquel golpe, aunque siempre le quedarían las valiosas minas de cobre. La idea que le dominaba ahora era la idea de la venganza.

Hart también se había dado cuenta de cuál era la situación, pero él estaba en posición más ventajosa.

Situado tras unos arbustos, veía a los jinetes de Bingam a unas veinte yardas. Y alzó el revólver, eligiendo su víctima.

El que se situó más cerca fue un tipo que llevaba un sombrero blanco. Estaba que ni pintado para volarlo con una bala, y eso fue lo que hizo Hart, con verdadera alegría.

El sombrero pareció desintegrarse en el aire. Y su dueño lanzó un grito espantoso, mientras salía despedido de la silla.

Hart dijo sombríamente:

—Uno…

Había empezado la cuenta macabra, y ya no quería parar hasta que le matasen a él. Eligió una nueva víctima.

Pero ahora todos los jinetes estaban alerta, y se habían distanciado. A su enemigo sólo consiguió rozarlo.

De repente, oyó un gruñido a su espalda. Se volvió velozmente, mientras giraba el revólver.

No llegó a tiempo.

El que estaba tras él le propinó un terrible culatazo en la nuca. Hart lanzó un gruñido, y no llegó a perder el conocimiento del todo, aunque hubo de soltar su arma.

—¡Jefe, ya lo tengo! ¡Es un ayudante del *sheriff*…!

Bingam avanzó al trote de su caballo. Miró con desprecio al individuo que estaba en el suelo, mientras un forajido le mantenía quieto, poniéndole la rodilla sobre la espalda.

—¿Qué hago con él?

El pistolero escupió antes de pronunciar la palabra que le causaba más placer:

—Degüello.

Hart gritó desesperadamente. Sintió la hoja de acero penetrar en su garganta.

Su enemigo no tenía prisa. Cortó poco a poco, mientras Hart se

estremecía de dolor y de angustia.

Bingam volvió grupas.

—Vamos al otro lado de la calle. Hay que empezar a incendiar también por allí.

Los jinetes se alejaron. El que acababa de matar a Hart quedó solo, limpiando tranquilamente el cuchillo en las ropas del muerto.

De pronto, le pareció que cerca de él se movía una sombra. Fue a volverse.

Una voz helada le preguntó:

—¿Por qué cambias de postura? Estabas estupendo para morir…

El forajido se estremeció. Veía borrosamente la figura de su enemigo, que estaba a unos cinco pasos. Se daba cuenta de que era un hombre alto, hercúleo, un verdadero atleta.

—¿Quién eres? —mascullό.

—Un buen amigo tuyo, puesto que voy a librarte de las preocupaciones de este sucio mundo.

El forajido miró su mano derecha.

—Sólo llevo un cuchillo entre los dedos. Y… tú tienes un revólver.

Sidney, que ése era el hombre que estaba frente a él, guardó el «Colt» con una sonrisa helada.

—Precisamente pensaba hacerte el honor de matarte con arma blanca… Es más divertido, ¿no?

Y extrajo, con un seco movimiento, el cuchillo corto que siempre llevaba remetido en la caña de su bota.

Su enemigo se lanzó hacia él. Pensó que contaba con unos preciosos segundos de ventaja.

Sidney movió la hoja en
zig-zag.

Estando en la cárcel, algunos cuchilleros mejicanos le habían enseñado sus trucos, valiéndose de pedazos de madera para ensayar. Y de repente, el asesino se dio cuenta, con horror, de que estaba ante un verdadero maestro.

La sangre manaba de su brazo, que una hábil cuchillada acababa de abrir. Rechinó los dientes y trató de lanzarse a fondo.

—¡Perro…!

Sidney reía silenciosamente.

El insulto no había hecho sino convencerle más, aumentar su

fría decisión de matar.

Dio un salto hacia atrás, y el golpe de su enemigo se perdió en el vacío. Sidney recordó el principal consejo que sus maestros le habían dado:

«Sobre todo, da la sensación de que dominas la situación. Nunca te pongas nervioso, y cuando tu enemigo haya fallado un golpe, tú actúa antes de que se retire».

La hoja se hundió otra vez en el brazo de su adversario. Éste chilló de dolor.

Pero la turbamulta de disparos y de gritos era demasiado fuerte para que nadie le oyese. Sus compañeros estaban demasiado ocupados para sospechar lo que ocurría.

Sidney musitó:

—Aún te queda un brazo bien sano… ¿Por qué no cambias de mano el cuchillo?

Su enemigo comprendió que estaba perdido. La seguridad de Sidney helaba la sangre. Se dio cuenta de que estaba jugando con él.

Trató de retroceder, pero entonces tropezó con algo: con el cuerpo caído de Hart.

Lanzó un gruñido, al rodar por el suelo. Quedó de espaldas a Sidney, más o menos en la misma postura en que antes Hart había quedado con respecto a él.

Y Sidney también le puso una rodilla en la columna vertebral. También lo inmovilizó brutalmente.

La hoja de acero fue segando la garganta, sin demasiada prisa. El chillido de la víctima se perdió en la noche.

Sidney limpió el cuchillo en las mismas ropas del muerto y luego lo guardó otra vez en la caña de la bota.

Dirigió una mirada circular en torno suyo, y vio que casi todos los edificios de la calle Principal estaban ardiendo ya. La mayor parte de sus habitantes huían, aunque algunos habían sido abatidos por los balazos de los pistoleros.

Desde luego, nadie resistía en la ciudad. Los hombres de Bingam podían considerarla ocupada.

Pero en Álamo aún se encontraba Stella, y Sidney no estaba dispuesto a que cayera en manos de aquellos perros. De modo que recargó su revólver y fue en busca de la muchacha.

Pero no encontró a ésta. Al que encontró fue a Larrigan.

* * *

Sidney se dio cuenta de que estaba ante el *sheriff* al doblar una esquina, y ver repentinamente el brillo de su estrella. Casi tropezó con él, pero lo peor no fue eso, sino que se encontró, de pronto, ante el cañón del rifle qué Larrigan manejaba. Un cañón que se clavó en su estómago, antes de que se diera real cuenta de lo que sucedía.

Larrigan masculló:

—Nunca creí tener tanta suerte…

—¿Crees que esto es suerte de verdad, amigo?

—¡Tú estabas besando a Stella! ¡Y voy a hacer que pagues eso con tu cochina piel!

—Te doy mi palabra de honor de que no la estaba besando, si eso te va a dejar más tranquilo. Simplemente ella estaba asustada y se refugió en mis brazos. Pero con la misma sinceridad te digo que la hubiese besado, caso de no ser ella tu mujer.

—Siempre te ha gustado…

—No trato de negarlo.

—Pues ahora vas a dejar de pensar en ella. Vas a olvidarte de todo… porque aquí tengo el mejor sistema para olvidar.

Y movió levemente el cañón del rifle. Estaba tan obsesionado, que no se dio cuenta de que Sidney levantaba poco a poco una pierna.

De pronto, el rifle pareció volar por los aires, aunque Larrigan no llegó a soltarlo. La bota de Sidney había alcanzado certeramente el cañón, desviándolo en el último momento. La bala salió aullando por los aires.

Larrigan trató de disparar otra vez.

—¡Condenado buitre…!

No pudo decir gran cosa más. Repentinamente sintió un terrible choque en la cara. No se dio cuenta de que el puño derecho de Sidney había salido disparado hacia él, con la fuerza de una catapulta.

Salió despedido hacia atrás. Sus rodillas tropezaron con una silla que había en el porche, y rodó estruendosamente por éste. En sus inútiles braceos por conservar el equilibrio, perdió su rifle.

Sidney movió otra vez la pierna derecha.

La puntera de la bota se clavó en el mentón de Larrigan. Éste sintió como si toda su cabeza estallara, pero aún se puso en pie.

Movió los brazos con increíble precisión. Estuvo a punto de cazar a su rival.

Pero Sidney estaba más sereno. Esquivó los dos directos, y se lanzó a fondo en seguida, disparando un gancho corto y rematándolo con otro largo.

Larrigan recibió los dos impactos en una zona que ya tenía muy dolorida: la barbilla. Se estremeció, y cayó hacia atrás, con los brazos en cruz, perdiendo el conocimiento.

Nunca Sidney lo había tenido tan a su merced. Podía acabar con él tranquilamente.

Pero lo que hizo fue situarlo en la parte más oculta del porche, donde no le alcanzasen las balas perdidas.

Estaba seguro de que Larrigan se recobraría antes de que las llamas llegaran hasta allí.

Tomó su rifle, y comprobó que tenía la carga completa, a excepción de una bala. Era un excelente modelo, con el que podría sembrar la muerte, y había allí varios tipos que parecían estar pidiéndola a gritos.

Corrió y se situó velozmente tras las ruinas de una casa que ya estaba medio carcomida por el fuego.

Veía al otro lado de las llamas a los hombres de Bingam, cuyos caballos caracoleaban, inquietos. Y se dijo que su situación era excelente, porque el resplandor de la llamas impediría ver de dónde partían los fogonazos.

Apuntó tranquilamente a la cabeza de uno de los forajidos e hizo fuego.

Vio a su enemigo caer. Los otros se revolvieron, mirando a todas partes, pero no descubrieron el emplazamiento de Sidney.

Para éste, todo aquello era como un entretenimiento. Volvió a apuntar, y apretó el gatillo por segunda vez.

Otro enemigo cayó, llevándose las manos a la cabeza. Bastó ver su gesto para comprender que ya no se levantaría nunca más.

Pero al derrumbarse, de pronto, un panel entero de pared, Sidney había quedado al descubierto. El propio Bingam, que estaba un poco retrasado, fue quien le vio.

—¡Allí! ¡Es ese maldito…!

Sidney saltó de costado, mientras las balas mordían en torno suyo. Pero se había acercado tanto a las llamas, que ahora estaba prácticamente rodeado por ellas.

Además, era muy visible. Sus enemigos podían distinguirle con perfecta claridad.

Hizo entonces algo que parecía una locura: atravesar una pared de tablas delgadas, que estaban siendo devoradas por el fuego.

Como si hubiera sido alcanzada por un cañonazo, la pared se derrumbó y las tablas saltaron en todas direcciones. Sidney tuvo que soltar el rifle para sacudirse las pavesas ardientes que habían caído sobre él. Pero aún tenía el revólver, y, además, ya no estaba a tiro de sus enemigos.

Corrió hasta un edificio que aún permanecía intacto. Vio a varios hombres y mujeres, que le miraban aterrorizados desde las sombras.

—¡Pronto! ¡Huid por aquel lado! ¡Todos los hombres que le quedan a Bingam están concentrados a mí derecha!

Los despavoridos habitantes obedecieron. Sidney tuvo la seguridad de que conseguirían salvarse.

El que ya no estaba tan seguro era él.

No sabía exactamente cuántos hombres le quedaban al pistolero, porque en ningún momento pudo contarlos, pero calculó que debían ser tres o cuatro. Y ahora todos irían por él, convencidos de que era el único enemigo temible.

En eso no se equivocó. Porque cuatro jinetes estaban en ese momento dando la vuelta a la esquina de la calle, para cazarlo por la espalda.

# CAPÍTULO X

El único error que cometieron fue querer ganar tiempo yendo a caballo. A pie hubieran tardado unos minutos más, pero sin levantar tanto estruendo.

Sidney los oyó cuando aún no habían llegado a situarse en posición de tiro. Y, comprendiendo lo que sucedía, se dijo que había que evaporarse de allí.

No tenía más remedio que entrar en la casa junto a la cual estaba, y así lo hizo. Se encontró en una sala que al propio tiempo era comedor, y que estaba amueblada sencillamente. Las posibilidades de defensa le parecieron pocas, porque allí había demasiadas ventanas. Contó nada menos que cuatro.

Pero ya no podía elegir. Sólo le quedaba una posibilidad de salir vivo, que era no presentar batalla inmediatamente.

Vio que el techo de la casa formaba doble pendiente, pero la habitación estaba atravesada por una gruesa viga descubierta, de la que colgaba la lámpara. En la parte donde esa viga se empotraba en la pared de la derecha, había una zona oscura, donde tal vez pudiera ocultarse unos minutos.

Tomó impulso, saltó sobre una mesa y de allí, flexionando de nuevo las piernas, hasta la viga.

Logró sujetarse a ella con ambas manos. Oía ya el estruendo de los caballos tan cerca, como si sonara dentro de su cabeza.

Se balanceó. Sus piernas subieron y bajaron, mientras se ayudaba de aquel movimiento para hacer flexión con los brazos.

Logró entonces encaramarse a lo alto de la viga descubierta, y ágilmente se deslizó por ella. Llegó justamente a la zona oscura cuando las voces de sus enemigos sonaban junto a la casa.

—Pues aquí no hay nadie…

—Ese buitre se ha evaporado…

De repente, la voz de Bingam:

—¡Tiene que estar en esa casa!

—Bien, pero ¿quién entra?

Un silencio.

Sidney se dio cuenta de que Bingam señalaba las ventanas, indicando que el interior podía ser atacado desde más de un sitio a la vez.

Eso fue lo que hicieron. Sidney, desde su escondite, se dio cuenta de todo lo que ocurría.

Mientras un forajido disparaba rabiosamente a través de una ventana, buscando llamar la atención, otros dos asomaban por huecos distintos, con las armas a punto.

Pero no ocurrió nada.

El que había disparado, se volvió de pronto hacia afuera, mientras gruñía:

—Jefe, aquí no hay nadie…

Sidney confió en que se irían, y él podría atacarlos en condiciones más favorables, eligiendo el momento y el lugar. Pero la voz de Bingam disipó sus esperanzas:

—Yo mismo le he visto entrar, y juro que le haré salir. ¡Pegad fuego a la casa!

Sidney tragó saliva. Era una mala situación para él, y no sabía cómo resolverla.

Los pistoleros esperarían con las armas a punto el momento en que él se viera precisado a escapar, y entonces lo acribillarían. Era cuestión de minutos.

Por eso no le quedaba más remedio que atacar… ¡ahora!

Cuando uno de los forajidos iba a lanzar una antorcha a través de la ventana central, él apretó el gatillo.

Su enemigo cayó hacia adentro, doblándose trágicamente. Pero Sidney no pudo evitar que la antorcha fuese al interior.

Las llamas prendieron en la mesa. Mientras tanto le tiroteaban desde todas las ventanas.

Comprendió que no tenía escapatoria. Estaba acorralado en un rincón al que las balas no llegaban, por el momento, pero quedaría acribillado en cuanto sus enemigos se fueran situando mejor.

Eso fue lo que trató de hacer uno de ellos. Cambió de

emplazamiento, mientras disparaba al aire.

Sidney lo cazó fríamente a medio camino. Ni por un momento se había puesto nervioso. Tiraba a dar, sabiendo que ahora a Bingam no le quedaría más que un hombre.

Vio caer al asesino entre las llamas. Chilló espantosamente, pero en seguida quedó inmóvil.

Sidney entrecerró los ojos.

Nunca se había sentido tan tranquilo como en este momento, ante la inminencia de la muerte. Sabía que no podía fallar porque la vida de Stella dependía de eso. Antes de que le matasen, tenía que acabar con Bingam y con el último de sus forajidos. Y estaba seguro de que podía hacerlo.

Cuando uno lo da todo por perdido, sus nervios no fallan. Sidney esperó.

Las llamas ya estaban muy cerca.

Sus enemigos esperaban. El tiempo trabajaba a su favor, y ambos lo sabían.

Sidney comprendió que necesitaba salir por algún sitio distinto de las ventanas o la puerta, que estarían batidas por los revólveres. Palpó la pared.

Las tablas eran sólidas. No había modo de escapar de allí.

Sidney siguió esperando. Cuando las llamas casi le rodearan, llegaría su oportunidad.

Bingam y su pistolero debían estar impacientándose. Seguramente, se preguntaban qué planeaba Sidney, o quizá si éste había muerto ya.

El suelo se estaba convirtiendo rápidamente en un mar de llamas. Sólo quedaba una zona aún intacta, y ésa fue la que eligió Sidney cuando, de pronto, se puso en movimiento.

Todos sus gestos tenían que estar perfectamente sincronizados. Si fallaba uno solo, aquello sería el fin.

Sus botas tocaron la zona de tablas que aún permanecía entera, y en seguida se encontró rodeado por las llamas. Veía confusamente la ventana central, por la que pensaba saltar.

Su cuerpo pareció convertirse en una flecha. Voló materialmente por encima de las llamas.

Chocó contra el marco de la ventana. Ésta se hizo astillas, mientras sonaba un grito.

Era Bingam.

—¡Maldito! ¡Por allí!

Sonaron dos disparos. Pero la ventana por la que acababa de salir Sidney estaba muy cerca del ángulo de la casa. Mientras las balas resbalaban por el polvo, hasta hundirse en él, Sidney resbalaba también. Los forajidos vieron y no vieron su cuerpo. Les pareció increíble que pudiera haber desaparecido con aquella rapidez.

Sidney respiró hondamente.

Su maniobra había resultado bien, quizá porque fue una maniobra suicida. Ahora, la situación estaba cambiando. Tres hombres que no podían verse se acechaban junto a una casa que no tardaría en derrumbarse.

Pero no era difícil adivinar lo que Bingam decidiría. Sabiendo dónde estaba, uno le atacarla por la derecha y otro por la izquierda, tratando de dispararle por la espalda.

Sidney se retiró poco a poco, caminando de espaldas y con el revólver a punto.

No perdía de vista ninguna de las dos esquinas de la casa, por donde era probable que sus enemigos aparecieran. A sus espaldas había una casa que se desmoronaba ya. No era un buen refugio, pero desorientaría a Bingam.

Ocurrió lo que había imaginado. El primero que apareció por la esquina fue el pistolero de Bingam. Llevaba el revólver preparado, y lo levantó con un movimiento frenético.

Pero no había nadie ante él. Parpadeó, sorprendido, sin llegar a ver a Sidney.

—Estoy aquí, muchacho…

El pistolero lanzó un alarido. Mejor dicho, empezó a lanzarlo.

La bala lo cortó en seco, penetrando por su garganta. El revólver voló por los aires. Sidney tiró otra vez, y ésta fue definitiva. Su enemigo dio una extraña voltereta antes de caer, como si le sobraran fuerzas. Pero, en realidad, había sido el empuje de la bala.

Ahora Sidney cambió de posición en seguida. Bingam iba a aparecer de un instante a otro.

Dio un salto de costado, pero aquél no apareció. La sincronización entre los dos hombres no debía haber sido perfecta. Eso fue, al menos, lo que creyó Sidney al principio.

En realidad, Bingam creía que su pistolero había tenido éxito. Imaginó, por unos momentos, que Sidney estaba muerto.

Apareció por el borde, en posición confiada. Llevaba el revólver demasiado bajo.

Pero sus ojos se dilataron de asombro al ver que el único cadáver que había allí era el de su último aliado. Miró hacia el frente, con una terrible expresión de miedo.

Ahora Sidney tenía ventaja. Alzó su «Colt».

La pesadilla iba a terminar. No podía fallar aquel tiro a tan poca distancia.

Y en aquel momento, la casa que estaba a su espalda, a muy poca distancia, se derrumbó por entero. Sidney tuvo que apartarse porque, de lo contrario, hubiera sido envuelto por las llamas.

Aquello dio un respiro a Bingam. Le permitió alzar el revólver y disparar, pero con demasiado nerviosismo.

La bala pasó a cierta distancia de Sidney, quien se arrojó al suelo, apretando el gatillo a su vez. Lo hizo sólo para cubrirse, ya que no tenía tiempo de apuntar.

Bingam había desaparecido.

La situación acababa de cambiar otra vez. Ahora era un hombre contra otro hombre, en aquella ciudad que parecía un cementerio llameante. La vida no sólo sería del más rápido, sino también del más astuto.

Sidney notó que estaba sudando.

Una intensa sensación de muerte se había apoderado de él. Por primera vez empezaba a ponerse nervioso, ahora que había aumentado sus posibilidades de victoria.

Rodeó la casa llameante que poco antes se había derrumbado, impidiéndole disparar a placer contra Bingam.

No veía a nadie. Tal como estaba planteada la situación, ambos enemigos podían estar buscándose durante toda la noche.

Sidney comprendió que no le convenía moverse al azar. Era mejor jugar a la contra, en aquella ocasión. Si su enemigo era el que se movía, cometería algún fallo.

Desplazándose sólo ligeramente, se situó tras un barril que estaba en un punto estratégico, y desde el cual podía dominar la confluencia de dos calles.

Esperaba que Bingam apareciera por allí, pero durante largos

minutos nada sucedió.

El silencio había llegado a hacerse obsesionante. Sólo se oía de tarde en tarde, el crujir de alguna viga o el sordo estrépito que producía, al derrumbarse, la pared de una casa.

El sudor seguía resbalando por sus facciones. Temió que los nervios le jugaran una mala pasada.

Las calles por las que esperaba a Bingam permanecían desiertas. El transcurso de los minutos se hacía intolerable.

Pero Sidney no conocía la ciudad, y en cambio, Bingam, sí, porque la había estudiado bien antes de iniciar su asalto.

Bordeando las calles, el forajido llegó casi al punto donde había estado antes. Vio el barril en la confluencia de las calles, y le pareció distinguir una sombra tras él.

Tenía que ser Sidney. Esperaba verle aparecer por la confluencia de las calles, y sin embargo, Bingam llegaría por su espalda. Apretó los dientes, saboreando por anticipado la victoria.

Caminó un poco más a la derecha. Ahora estaba seguro de que se trataba de Sidney. A aquella distancia, no podía estar seguro de alcanzarle con el revólver, de modo que siguió acercándose.

Sidney no lo notaba. No podía sospechar, siquiera, que tenía el enemigo a su espalda.

Bingam contaba los pasos. Se encontraba ya a unos veinte, y el blanco era seguro, porque el joven permanecía quieto. Levantó el revólver y entrecerró los ojos.

Pero si Sidney no le veía, otro hombre sí que estaba contemplando a Bingam. Un hombre que tenía fuertes motivos para desear que el forajido disparara.

Un segundo más, y Sidney sería eliminado. Las preocupaciones habrían terminado para Larrigan, quien se vería libre del único rival a quien podía temer. Luego no le sería tan difícil eliminar, a su vez, a Bingam, ya que tenía un rifle al alcance de su mano.

Pero algo pareció romperse en Larrigan. Algo que le volvió a la época en que era un joven sin demasiadas ambiciones, que valoraba la amistad por encima de todo.

Fue como si Larrigan cambiara, de pronto. Como si volviera a ser el mejor amigo que Sidney jamás tuvo.

—¡Cuidado! —gritó.

Sidney ladeó la cabeza. La bala se empotró en el barril, rozando

su piel.

Se volvió, pegándose a tierra, e hizo fuego, pero sin poder apuntar. La bala sólo hizo que Bingam se ladeara.

Mientras tanto, Larrigan trataba de sujetar el rifle que estaba a su alcance. No fue tan rápido como Bingam, quien ya tenía el arma en los dedos.

El pistolero rió siniestramente. Sus ojillos despidieron un brillo de venganza.

Larrigan se encogió, al recibir el balazo. Sus dientes rechinaron. Dio una vuelta sobre sí mismo, mientras Bingam disparaba otra vez.

La segunda bala fue definitiva, porque Larrigan la recibió en la columna vertebral, que fue cortada bruscamente por la inmovilidad de la muerte.

Se oyó un alarido de rabia.

Sidney corría como un loco. Había soltado su revólver y avanzaba con las manos desnudas. Nada le importaba, excepto su propio odio. Una luz demoníaca brillaba en sus ojos.

A Bingam le dio la sensación de que era un aparecido. Nunca le habían atacado de aquella forma, como un indio salvaje lanzado al degüello. Alzó el revólver y tiró furiosamente.

Pero no hizo blanco.

La bala sólo rozó a Sidney, aumentando su furia. El último salto fue como un auténtico vuelo a través del aire. Cayó sobre Bingam cuando éste se disponía a disparar otra vez.

El revólver saltó por el aire. Los dos hombres se abrazaron, inmovilizándose las manos, pero golpeándose salvajemente con las cabezas. Se oyó un doble aullido.

No era un combate de hombres, sino de fieras. Bingam intentó morder a su enemigo.

Lo consiguió en parte, pero cuando lo hizo, ya no le quedaban dientes. Un espantoso trallazo le había deshecho la boca.

Ahora, Sidney tenía las manos libres. Aprovechó el gesto de dolor de su enemigo, y su momentánea desorientación, para colocarse encima de él. Volvió a mover los puños.

La cabeza de Bingam fue de un lado a otro, brutalmente sacudida. Gimió como un condenado.

Movió el puño derecho y consiguió cazar a Sidney. Éste saltó hacia atrás, derribado.

Momentáneamente libre el pistolero saltó a su vez, tratando de quedar encima de su enemigo. Dos botas le recibieron en el aire.

Bingam chocó, tras un vuelo de, al menos, cinco yardas, contra la baranda de un porche y la rompió. No llegó a levantarse.

Sidney ya estaba de nuevo sobre él. Los puños volvieron a moverse implacables, salvajes, certeros.

La cabeza de Bingam parecía ir a separarse de su tronco. Gimió otra vez, mientras intentaba cubrirse.

Inútil. Sidney era como un ciclón, como un hombre de dos docenas de brazos. Los golpes llegaban desde todas partes, destrozaban a Bingam, que no podía reaccionar. Sus alaridos llenaban la ciudad. Ahora, Sidney le golpeaba en el cuello.

Le estuvo golpeando hasta que no pudo más, hasta que parecieron romperse sus brazos. No se dio cuenta de que llevaba varios minutos castigando a un muerto. La cara de Bingam estaba destrozada. Su cuello, roto.

Sidney se puso en pie. La ciudad le parecía espantosamente vacía, distinta. Y sentía como si su vida careciera de sentido.

Pero era ahora cuando empezaba a tenerlo, cuando él volvía a ser lo que siempre fue: un hombre dispuesto a luchar.

Había una mujer que le necesitaba, una mujer que siempre le amó. Novia y viuda en una sola noche, necesitaría que alguien velara por ella.

Era como si los viejos sueños se convirtieran en realidad, después de una amarga noche de sangre.

La noche que siempre recordaría con una sola palabra: degüello.

Sidney cerró los ojos a Larrigan, piadosamente, y luego fue en busca de Stella para contarle lo sucedido, para tratar de que comprendiese que la vida siempre vuelve a empezar otra vez.

La ciudad empezaba a poblarse de nuevo, a animarse. Los primeros caballos pasaron por encima de los cadáveres de Bingam y sus pistoleros.

FIN